

XI

Las precipitaciones comenzaron a cesar durante la noche del viernes, por lo que el grupo de amigos decidió abandonar la hostería y se dirigió hasta el centro de la villa donde cenó en una reconocida parrilla de Pinar del Este, propiedad de un colega de Franco, donde luego de comer permanecieron un largo rato charlando y compartiendo unos tragos ya que el establecimiento, amplio, poco concurrido y amueblado como si fuese un gran living en vez de un restorán típico, se prestaba para una prolongada sobremesa.

La velada transcurrió tranquila y relajada, y contó con la presencia de todos, incluso de los hijos. Los primeros en irse fueron Sabrina y su familia, por un lado; y Jorge y la suya por el otro; ya que los chicos estaban cansados y querían acostarse temprano. Y en última instancia abandonaron el lugar Franco, Pedro, Claudia, Laurita y Violeta en el auto de ésta, aunque antes de regresar al Solar del Bosque dejaron al primero en su casa.

A pesar de trasnochar, Franco y Pedro volvieron a ser los más madrugadores y los dos se juntaron a desayunar en un sábado que amaneció sin lluvias pero nublado, por lo que el sol se convertía ya en un vago recuerdo. El anfitrión llegó un rato antes para ir a comprar pan calentito y medialunas frescas a la panadería de la avenida y luego encender la vieja, pero infalible, máquina de café expreso de la hostería. Luego, cuando se le sumó Pedro, en el restorán ya sonaba el programa de radio de la emisora local que alternaba noticias de la villa, juegos con los oyentes y canciones clásicas.

-¿Dormiste bien? -preguntó Franco al ver a su amigo desplomado sobre la silla.

-Más o menos.

-Che, ¿qué pasó después de que me dejaron en casa? ¿Tuviste suerte al final? -
Franco le guiño el ojo.

-¿De qué hablás?

-¿Y de qué voy a hablar? De vos y Viole. Anoche los vi hablando bastante.

-¡Ah!, eso.

-Sí, eso.

-¡Que suerte, ni que suerte! Vos viste como Claudia estuvo todo el tiempo metida en el medio de los dos, primero en la parrilla y después en el auto, cuando volvimos.

-¿Pero cuando llegaron acá no pasó nada?

-No. Nada. Claudia mandó a dormir a la hija y los tres nos tomamos un café.

Bah, ellas dos tomaron té y yo un cortado.

-Y bueno, hay mujeres que son así de brujas: si no pueden estar con un tipo no dejan que otra mina esté con él.

-Es cierto.

-Además, después de casi una vida de espera, ¿qué te hace aguantarte las ganas un poco más?

-Tampoco desespero, eh. Así que tranqui... -Pedro agitó su mano derecha con los dedos extendidos y la palma hacia abajo.

-Ya sé que no estás desesperado pero sí un poco necesitado.

-No sé. Es un poco difícil de explicar. Y vos no lo entenderías -Pedro negó con la cabeza.

-¿Qué cosa?

-Dejalo ahí, Fran.

-Mira, lo que yo veo es que tu problema lo tenés con tu mujer, por lo que cualquier otra mina que te enganches te va a dejar más satisfecho, ¿o no?

-Yo no diría que tengo un problema. Sólo estoy buscando algo distinto, ni mejor ni peor que lo que tengo ahora.

-Pero también hay formas de hacer cosas distintas con tu propia pareja.

-Sí, ya sé. Están los disfraces y los juegos de rol, por ejemplo. Pero para mí no sirven de mucho.

-¿Por qué? Yo lo he hecho alguna que otra vez y me dio buenos resultados.

-Lo que pasa es que por más bien que te lleves con tu pareja, cuando empezás a disfrazarte y a jugar al rol es porque ya estás necesitando fingir que estás con otra persona.

-Entonces respondeme lo siguiente: si no te podés coger a Viole, ¿te cogerías a Claudia?

-Sí. Pero no sería lo mismo con una que con otra.

-Claro que no. Son dos minas completamente distintas.

-Pero al mismo tiempo similares.

-¡Uy! Qué jodido estás -Franco se tomó la frente, resoplando.

-Es que con Claudia sería cogerme una mina distinta a mi mujer pero con Viole sería eso con el plus, que es lo más valioso de todo, de cogerme una mina que siempre me gustó.

-Ah, ok.

-Por eso no es cuestión de que cualquier mina que no sea mi mujer me deje satisfecho, solamente. Hay otras cuestiones de por medio.

-Ya veo.

-Es más, con Viole no me siento culpable de engañar a mi mujer porque es como si tuviera con ella una relación anterior a mi pareja, ¿entendés?

-Sí, sí. Como que sentís que con el tiempo te ganaste el derecho de cogértela, ¿no?

-Algo por el estilo.

-De todos modos, sigo creyendo que hoy por hoy le das a cualquier mina.

-¡Jajá! -Pedro dejó caer ambos antebrazos sobre la mesa haciendo resonar la madera debajo del mantel de tela-. Es que solo hay una cosa más linda que coger.

-¿Jugar al fútbol?

-No, tarado. Cogerte una mina con la que nunca lo hiciste antes.

-Cierto. Muy cierto.

-¿Vos no extrañás esa adrenalina de la primera vez con una mina?

-Obvio, pero prefiero cogerme a mi mujer.

-¿Después de tantos años?

-Es lo que elegí, Peter. Y hay que respetar esas decisiones.

-¿Y no te aburrís?

-Muchas veces. Pero cuando pongo todo en la balanza, pesa más lo bueno que lo malo. Es así de sencillo.

-Que buen tipo que sos, Fran. Un poco ingenuo pero buenísimo.

-Gracias, amigo.

Si éste estuviera en mi lugar, diría exactamente lo mismo que yo. En el fondo, todos, tanto los hombres como las mujeres, pensamos más o menos igual, sólo que unos pocos se animan a decirlo, pensó Pedro, en silencio, mientras Franco, con la mirada como perdida, adoptaba un gesto de contrariedad en su rostro redondo.

-¿Qué te pasa, Fran? -preguntó Pedro al advertir el cambio de humor de su amigo.

-Nada grave -Franco frunció la boca de un costado-. Pasa que en la radio acaban de decir que la ocupación hotelera de este fin de semana no fue la esperada.

-Pero si habían dicho que los centros turísticos nacionales están llenos por todos lados.

-Parece que cuando pasan por acá siguen de largo.

-¡Qué raro, che! -exclamó Pedro alzando el entrecejo-. Con la manija que le da el Gobierno al turismo interno con tantos feriados y la dificultad de conseguir moneda extranjera para salir del país...

-Y con los que cuesta viajar al exterior por el tipo de cambio.

-Eso también, claro.

-¿Sabés que pasa, Peter? -Franco se puso de pie y caminó hasta el mostrador donde estaba apoyada la radio y la apagó.

-¿Qué pasa? -Pedro siguió a su amigo con la mirada al punto que darse vuelta sobre la silla para no perderlo de vista.

-El problema es que la villa se conurbanizó en los últimos años y dejó de ser un lugar especial. Como que perdió su encanto, a pesar de que el paisaje natural sigue siendo el mismo, con el mar, la playa y el bosque.

-Me parece que estás exagerando. Lo que pasa es que la villa está atravesando una mala racha después de esa caída del rayo en el balneario.

-Eso es parte del asunto, pero no todo.

-¿Y qué es, entonces?

-Lo que se conurbanizó es nuestro estilo de vida, sobre todo, en materia de seguridad. O mejor dicho, de inseguridad. ¿O no te acordás del caso de Beto Herrera?

-Sí que me acuerdo pero no creo que haya sido un caso de inseguridad. ¿No fue un crimen mafioso porque el tipo había estado metido con la de la quiebra de la imprenta Caccioli?

-Eso es lo que se sospechó en un primer momento. Pero ahora parece que no fue así.

-De todos modos, creo que se trató de una mala racha, primero lo del crimen ése, después lo del rayo, nada más. Me parece exagerado decir que acá en la villa se vive como en el conurbano. Te lo digo porque yo soy de la Capital y voy seguido para ese lado, por lo que tengo con qué comparar.

-Y yo también. No te olvides que mis primos viven allá y la verdad es que me cuentan cada cosa que me aterroriza porque después veo que sucede también acá.

-Insisto, amigo. El problema es en todos lados, no sólo en la villa.

-Seguro. Pero acá la gente no quiere aceptar que ahora, ante esta situación, hay que vivir como en el conurbano.

-¿En qué sentido?

-Y... por ejemplo, hay que ponerle rejas a toda la casa, alarmas, seguridad privada, tener cuidado cuando se saca y se entra el coche, no andar solo por la calle cuando se hace de noche y todas esas cosas que en el conurbano son muy comunes. Es más, si acá adoptáramos las mismas medidas, no habría tantos hechos delictivos.

-Puede ser.

-Lo es. Y hay otro aspecto crucial en cuanto al fenómeno de la conurbanización.

-...

-El del establecimiento de barrios precarios en la periferia de la villa donde se ocultan los delincuentes provenientes, precisamente, del área metropolitana, y que van y vienen cada vez que necesitan robar.

-Es parte de lo mismo, Fran -Pedro levantó ambas manos y se encogió de hombros-. Así es la inseguridad.

La tenue luz del atardecer se reflejaba como una alfombra color ámbar sobre el camino pedregoso de entrada al chalet de ladrillos a la vista y techo de tejas negras ubicado enfrente de la parte posterior del Golf Club de Pinar del Este, donde el contador Alberto Herrera, más conocido en la villa como “Beto”, había veraneado casi toda su vida adulta junto a su familia. Sin embargo, esa tarde se encontraba solo y recién llegaba desde la capital provincial, donde atendía su estudio y figuraba su domicilio legal, el mismo que ahora era únicamente ocupado por su esposa, de la que había separado unos meses antes, y sus dos hijos adolescentes.

El contador, de 48 años, estacionó su auto importado sobre la entrada, justo a la altura de la puerta principal, y miró por última vez la hora en su costoso reloj de titanio. “Al final llegué bastante rápido”, dijo y apagó el motor del vehículo. Luego se inclinó hacia derecha para tomar el maletín de cuero negro que se hallaba sobre el asiento del acompañante. Cuando giró hacia la izquierda para abrir la puerta y descender del vehículo soltó el maletín y manoteó la pistola Glock 3.80 que llevaba en la cintura, pero no alcanzó a utilizarla para defenderse del tirador que le efectuó un certero disparo a quemarropa y que le impactó en la sien, provocándole la muerte en el acto.

Horas después, en medio de las sombras de la noche potenciadas por el abrigado bosque, un efectivo del destacamento policial local que patrullaba la zona a bordo de un móvil de la fuerza alcanzó a ver el auto de Beto (muy poco común en la villa, por ende, fácil de reconocer) estacionado frente a la puerta de ingreso a la vivienda y con la puerta del conductor abierta, lo que le llamó la atención.

Entonces, el policía se acercó hasta el vehículo y lo enfocó con las luces del patrullero ya que el alumbrado público no funcionaba correctamente en esa calle, al parecer, por falta de tensión eléctrica, un defecto bastante común en Pinar del Este, sobre todo en tiempos de bajas temperaturas, cuando la población utilizaba los nuevos equipos de aire acondicionado frío/calor.

Una vez que se encontró a unos pasos de la puerta del auto, el efectivo observó la existencia de una persona inmóvil dentro del vehículo, ubicada en el asiento del conductor, con el torso recostado sobre el del acompañante. Aceleró el paso y asomó su cabeza dentro del habitáculo y a simple vista constató que el hombre estaba muerto y presentaba una herida sangrante en la cabeza, ante lo cual, regresó rápidamente al patrullero y llamó a la seccional para comunicar la novedad y solicitar apoyo urgente.

Así, la habitual tranquilidad de la hora de la cena fuera de la temporada de verano en Pinar del Este se esfumó en la oscuridad y los móviles policiales de la comisaría local y de otras dependencias de la zona comenzaron a ir y venir por las solitarias y frías calles de arena. Se veían las intermitentes luces azules de los patrulleros y, con la inconfundible canción del viento marino de fondo, se podían escuchar los murmullos de los asombrados oficiales y peritos.

El policía que halló el cadáver sugirió inicialmente que podía tratarse de un suicidio pero el jefe de calle lo fulminó con la mirada y lo paró en seco: ¡¿Cómo iba a tratarse de un suicidio si la pistola estaba en la mano derecha del contador y el tiro lo presentaba en la sien izquierda?! Entonces otro oficial estimó que podía tratarse de un homicidio en ocasión de robo pero esta hipótesis también parecía absurda ya que el auto y la casa del fallecido se veían intactas y a Beto no le faltaba absolutamente nada: empuñaba su arma, el costoso reloj de titanio seguía colocado en su muñeca y el maletín de cuero con toda la documentación dentro, un *smartphone* y un juego de llaves

descansaban sobre el asiento del acompañante; mientras que en los bolsillos traseros de su pantalón se encontraron dos billeteras, ambas con dinero en efectivo, tanto en moneda nacional como extranjera.

“Esto huele a un ajuste de cuentas o una venganza”, susurró el capitán Valentín Romero, máxima autoridad de la policial local, a uno de los peritos que inspeccionaban la escena del crimen y que halló una vaina 9 milímetros en el piso del auto y un proyectil del mismo calibre incrustado en el parante de la puerta delantera derecha. Esto, sumado al orificio de salida que el contador presentaba en el parietal del mismo lado, indicaba que el balazo mortal había atravesado el cráneo de Beto. Por la madrugada, los forenses que realizaron la autopsia determinaron también que ese proyectil se había disparado a una distancia no superior a los 15 centímetros.

“¿Qué hacía este tipo acá?”, fue la pregunta que se repitió el capitán Romero ya que a todos los que no conocían a Beto les llamaba la atención que un contador que trabajaba diariamente en la capital provincial estuviese solo y en un día de semana en su chalet de veraneo. Por esa razón, los investigadores se entrevistaron inmediatamente con su familia y determinaron que a raíz de su reciente separación matrimonial, la víctima solía frecuentar la casa de la villa porque no tenía otro lugar donde pernoctar. Y como no quería molestar a ningún amigo o pariente, ni pagar por una habitación de hotel, prefería conducir cientos de kilómetros hasta la costa para sentirse en lo más parecido a un hogar.

Según contó a la Policía la empleada doméstica que iba todas las mañanas a limpiar el chalet (si bien tenía un solo morador permanente todavía quedaba bastante suciedad acumulada como consecuencia de las últimas refacciones de albañilería que se habían realizado en el inmueble), la noche anterior a su muerte, Beto se comportó normal o al menos como lo venía haciendo desde su separación. Cenó solo, comió

helado de postre y tomó café. Y al irse a dormir activó la alarma de movimiento, la cual apagó al amanecer siguiente cuando se levantó temprano y sin desayunar salió en su auto hacia su trabajo.

Esta testigo también ratificó que la vivienda no contaba con cámaras de seguridad, por lo que los investigadores carecían de un elemento clave para recabar pistas sobre lo ocurrido. Y tampoco había cámaras en el sector del campo de golf ubicado enfrente de la escena del crimen, desde el cual se tenía una excelente vista del inmueble del contador.

Tanto la empleada doméstica como los familiares directos de Beto confirmaron que la víctima nunca mencionó amenazas previas y que solía portar su pistola simplemente por precaución y porque era un gran aficionado a las armas de fuego y practicaba tiro. De hecho, dentro del chalet, los pesquisas hallaron un revólver calibre .22, cuya documentación estaba en regla, al igual que la de la Glock.

La noticia sobre la muerte del contador tardó poco menos de 24 horas en llegar a los principales medios nacionales de comunicación, por lo que el abogado de la víctima, Rodolfo Giménez, rápidamente salió a declarar que se trataba de “un homicidio cometido por un sicario que lo esperó oculto en el jardín de su chalet”.

“Ahora, lo que hay que investigar el motivo por el cual mandaron a matar a Beto”, sostuvo el letrado en declaraciones a los periodistas que viajaron hasta Pinar del Este para cubrir el hecho.

Sin embargo, en la capital provincial, la ex esposa de la víctima, Luján Menéndez, prefería la cautela y no descartaba ninguna hipótesis sobre lo ocurrido, ni siquiera la del robo, ya que anteriormente habían sufrido varios “escruches” en su casa de veraneo. “Confío plenamente en la Justicia y en la Policía. Hay que dejarlos trabajar

para resolver lo que pasó. Mis hijos merecen saber la verdad”, sostuvo la mujer al retirarse del Cementerio Municipal tras la inhumación de los restos de Beto.

Luján también aclaró que a pesar de que estaban separados, ella y su ex esposo mantenían una “buena relación” y que él era “un excelente padre”, por lo que no tenía nada que reprocharle. “Mis hijos y yo estamos muy dolidos porque perdimos a un ser querido, tal como ha ocurrido últimamente con otras víctimas de la maldita inseguridad, la que, evidentemente, no es una sensación como algunos políticos pretender hacer creer a la ciudadanía”, consideró la mujer y agregó que sus sospechas apuntaban a que al contador quisieron robarle “unos ladrones comunes a los que se les fue la mano cuando vieron que él (por Beto) estaba armado”.

Por su parte, Gabriel Herrera, hermano de la víctima, contó que últimamente Beto estaba “extremadamente deprimido” porque Luján le exigía formalmente el divorcio y eso implicaba “una compleja división de bienes”, al tiempo que no descartó la pista del “crimen mafioso” vinculado a que el contador había sido el síndico en la quebrada imprenta Caccioli. “Quizás, su depresión no se debía solamente a su separación sino también a su trabajo en ese caso. Yo, en su lugar, hubiese estado bastante preocupado por ello, sobre todo, si se tiene en cuenta el tipo de gente involucrada”, especuló.

Si bien a esa altura de la investigación no había ningún indicio que apuntara al vínculo entre el crimen de Beto con la quiebra de dicha imprenta, los detectives policiales analizaban los pormenores de la actividad profesional de la víctima que incluían mesas de dinero con inversiones de políticos y gestiones para destrabar negocios entre empresas privadas y el Estado. Por eso secuestraron las computadoras de su casa y su estudio, sus agendas y documentos para analizar el contenido de todos estos elementos.

Mientras tanto, las diligencias en la escena del crimen y sus alrededores no aportaban mucho: no se hallaron rastros de terceras personas, como pisadas o huellas; y los pocos vecinos del barrio entrevistados dijeron no haber visto nada extraño ni escuchado el disparo.

Tanto el lugar del hecho como los elementos personales de Beto analizados por los peritos estaban “limpios”, tal vez demasiado, y esto alimentaba las sospechas de los investigadores. Incluso, el entrecruzamiento de llamados entrantes y salientes al *smartphone* de la víctima y el estudio del contenido de sus perfiles en las redes sociales también arrojaron poco y nada.

La principal duda de los pesquisas radicaba en como el contador, con un sueldo que no superaba la media de sus colegas, había logrado mantener un departamento en pleno centro de la capital provincial, un chalet en la playa, un auto importado y otros bienes de lujo. Pero cada una de sus extensas declaraciones juradas presentadas rigurosamente ante la Dirección Impositiva, para la que trabajaba su ex esposa, eran imaculadas. Todo se veía en orden.

Es más, en el ambiente de los profesionales de las Ciencias Económicas, todos lo conocían y absolutamente nadie tenía algo malo que decir de él. De hecho, muchos coincidían en que Beto hubiese sido un excelente funcionario público y aunque tuvo varios ofrecimientos de distintos líderes políticos (mantenía relaciones con la primera línea de la dirigencia encabezada por el ex presidente Dauden) nunca aceptó un cargo en el Poder Ejecutivo.

Pero con el correr de los meses se produjeron dos hechos sumamente extraños que sumaron más misterio alrededor del crimen del contador. El primero de ellos provino de la Capital Federal, donde un muchacho de 20 años salió públicamente a

afirmar que era un hijo “no reconocido” de la víctima, por lo que reclamaba a la Justicia ser considerado heredero de los bienes de Beto.

Ante esa situación se inició una causa por paternidad en la que un amigo íntimo del contador declaró que pocos días antes de ser asesinado, Beto se reunió con este joven que era fruto de una relación casual con una mujer que había conocido un verano en las playas de Pinar del Este antes de iniciar su pareja con Luján y a la que nunca volvió a ver. Este testigo aclaró que su amigo se había enterado ese mismo año de la existencia del muchacho cuando la madre de aquel lo llamó por teléfono para darle la noticia y que luego no se lo contó a nadie de su familia porque sintió ningún afecto por el chico.

“Beto tuvo una sola relación de pareja formal, con la madre de sus hijos y nadie más”, sostuvo el amigo del contador asesinado, lo que iba en consonancia con algunos datos de la vida privada que habían logrado recabar los detectives policiales como que al momento del crimen no tenía novia y sólo mantenía encuentros sexuales ocasionales, sobre todo, con prostitutas de un cabaret ubicado a la vera de la ruta, en las afueras de la villa, donde también el casino en el que se podía contratar los servicios de las denominadas “escorts”. Y esta última pista había surgido del hallazgo de una tarjeta de dicho cabaret en la guantera del auto de la víctima. Además, al ser interrogadas por la Policía, varias mujeres de ese prostíbulo admitieron que en los últimos meses habían mantenido relaciones con Beto.

Un mes después de esta sorpresa, mientras todavía se aguardaban los resultados de un análisis de ADN para confirmar si el contador era efectivamente el padre biológico del joven capitalino, ocurrió un segundo hecho curioso cuando el abogado de Beto denunció que un funcionario de la Dirección Impositiva se había hecho pasar por

instructor judicial de la causa para acceder a ciertos datos del expediente como el informe del entrecruzamiento de llamados.

De acuerdo a la denuncia, esta persona se presentó en el área de análisis de comunicaciones de la Policía y el jefe de turno le dijo que si no tenía una acreditación que certificara quién era no podía brindarle ninguna información. Entonces, el supuesto instructor judicial, al verse descubierto, le dijo que, en realidad, estaba allí por pedido de Luján y que quería hacerle un favor a ella ya que trabajan juntos.

Al conocerse este episodio, la propia ex esposa de Beto negó haberle pedido a su compañero de trabajo que obtuviera información del expediente ya que ella, como madre de los dos hijos reconocidos del contador, era querellante en la causa y tenía acceso a la misma a través de su propio abogado (el letrado del contador representaba a los padres de Beto que también se habían constituidos como particulares damnificados) tras lo cual, ese hombre fue echado de la mencionada dirección.

La discusión comenzó dentro del boliche, por lo que el personal de seguridad los echó del local y así la pelea continuó afuera, a la vera de la ruta de ingreso a Pinar del Este, en plena madrugada de un sábado de invierno en la que la mayoría de los jóvenes que habían salido a bailar estaba conformada por residentes permanentes de la villa.

La riña era entre un grupo de “locales” y dos muchachos, Diego Bustos, de 24 años, alias “Buitre”; y Carlos Ferreyra, de 26, apodado “Charly”; quienes sólo aparecían allí los fines de semana o en temporada alta. Estos dos habían fumado *paco* y estaban alcoholizados cuando intentaron seducir a dos chicas que se encontraban acompañadas y así se originó la disputa. Luego de recibir una catarata de golpes de puños y patadas de parte de sus agresores, que los superaban en número, Charly y Buitre se dirigieron hasta el auto que le habían prestado por unos días al primer de ellos y éste tomó un arma de

fuego con la que regresó hasta la puerta de local bailable y atacó a tiros al grupo que lo acababa de apalear.

A raíz del ataque, tres jóvenes resultaron heridos de bala, uno de ellos de gravedad, tras lo cual, el tirador y su amigo huyeron de la escena del crimen, aunque no pudieron abandonar la villa porque la Policía montó inmediatamente un operativo cerrojo sobre la ruta y horas después los interceptó a bordo del vehículo descrito por los testigos presenciales del tiroteo que también habían aportado a los efectivos las características fisonómicas de los sospechosos, en poder de los cuales, no se halló ninguna arma de fuego.

Tanto el auto secuestrado como los numerosos testimonios recabados fueron prueba suficiente para que la Justicia dictara a los quince días posteriores a la detención (existía una prórroga por otros quince pero no fue necesaria) el procesamiento con prisión preventiva de Charly y Buitre como “coautores” del delito de “tentativa de homicidio” y los enviara a la cárcel de Cosme, la unidad penitenciaria más cercana a la villa.

Si bien el hecho estaba esclarecido, la Policía trabajó sobre la pista del auto, básicamente para localizar a su propietario, el cual resultó trabajar como remisero en la villa de emergencia “La Fortaleza”, ubicada en la periferia de la capital provincial y a la que ni siquiera los efectivos con jurisdicción en la zona se animaban a ingresar sin una razón debidamente fundada. Y cuando este hombre viajó a Pinar del Este para recuperar su vehículo contó, en el marco de un interrogatorio de rutina al que lo sometieron en la comisaría local, que la última vez que había estado allí fue el día en que mataron a Beto, lo que llamó poderosamente la atención del capitán Romero, quien hacía unos pocos días había recibido la comunicación oficial de que el Ministerio de Seguridad ofrecía

una jugosa recompensa para aquellas personas que aportaran datos que llevaran al esclarecimiento del crimen del contador.

El remisero le contó al jefe policial que en aquella oportunidad un joven que era sobrino de un amigo suyo le pidió que lo llevara junto a otro muchacho, al que tampoco conocía, hasta Pinar del Este ya que tenían que hacer “un trabajito” allá por el fin de semana. Y que los dos pasajeros pagaron normalmente el viaje de ida y le solicitaron que los fuera a buscar la noche del domingo.

-Y ese viernes que los trajo hasta acá, ¿dónde los dejó? -preguntó el capitán Romero al testigo.

-Los dejé en el Golf Club porque creo que uno de ellos trabajaba ahí como *caddy* -respondió el remisero, sin vueltas.

-Entiendo. Así que usted volvió el domingo a la noche y los recogió. ¿Dónde fue eso?

-Me dijeron que los pasara a buscar por la estación de servicio que está a la vera de la ruta, frente a la rotonda de ingreso. Y eso hice.

-¿No notó algo extraño cuando los llevó de regreso?

-No. para nada. Es más, durmieron todo el viaje de vuelta.

-¿O sea que no vio ni escuchó nada sospechoso?

-En absoluto. Fue un viaje totalmente normal.

Este tipo los está encubriendo, pensó el capitán Romero e hizo una pausa para encender cigarrillo armado con tabaco negro.

-¿Y nunca supo cómo se llamaban? -retomó el jefe policial tras largar una bocanada de humo que perfumó toda la oficina.

-No. Sólo sé que al sobrino de mi amigo le dicen Charly.

-Y si no los conocía, ¿por qué meses después les prestó el auto?

-Yo se lo presté a mi amigo, el tío de ese tal Charly. Nunca me imaginé que iba a terminar en manos de estos dos jóvenes.

-¡Que raro! -expresó el capitán Romero.

-¿Raro? Raro sería que yo no estuviera acá contándole todo esto. Si tendría algo que ocultar, seguro que no le hubiera dicho nada, agarraba mi auto y me iba a mi casa calladito la boca.

Para el jefe de la comisaría de Pinar del Este resultaba evidente que el remisero era de esas personas a las que no le agradan los policías y si bien no contaban con antecedentes penales, seguramente había tenido algún problema con la Ley anteriormente.

A partir de los datos aportados por los testigos, la investigación del crimen de Beto se centró en la pista de Charly y Buitre, por lo que los pesquisas fueron a buscar más pruebas a La Fortaleza, una misión difícil pero no imposible.

Allí, los detectives se entrevistaron con el tío de Charly que, como era de esperar para los efectivos, no aportó demasiado y quedó al borde de ser acusado formalmente de “encubrimiento agravado”, aunque esto finalmente no sucedió. Es que en la villa localizaron a un joven que conocía a los dos sospechosos y que al declarar como testigo de identidad reservada reveló que el domingo en que Buitre regresó de Pinar del Este, éste le confesó que “se habían mandado una cagada” y que su cómplice “había matado a un hombre”.

Este testigo dijo que apenas se enteró de la noticia del crimen de Beto supo que Charly y Buitre habían sido los responsables del hecho pero que en ese momento él no se animó a decir nada a la Policía porque temía sufrir alguna represalia de parte de ellos, que eran “gente muy pesada”. Sin embargo, como ahora estaban presos por la tentativa

de homicidio afuera del boliche, él se sentía más tranquilo y quería hablar porque no lo iban a buscar para vengarse por haberlos delatado.

En base a estas novedades, el fiscal de Cosme, Esteban Carrera, quien estaba a cargo tanto de la causa por el crimen de Beto como de la pelea a tiros a la salida del boliche de Pinar del Este, decidió profundizar la investigación del vínculo entre los autores del ambos hechos, por lo que ordenó un peritaje balístico para cotejar la vaina hallada en el auto del contador con el plomo extraído del cuerpo de uno de los hombres baleados frente al mencionado local bailable.

Casi trece meses después del homicidio de Beto, este peritaje confirmó que la vaina y el plomo eran del mismo tipo, calibre y marca, y que habían sido disparados por la misma pistola. Así, con esta prueba científica indubitable, sumada a los datos aportados por los dos testigos clave, el fiscal les imputó a Charly y Buitre la coautoría del “homicidio en ocasión de robo” del contador.

La noticia de la detención formal de estos dos jóvenes ocupó las secciones Policiales de los principales medios periodísticos, aunque no con la misma importancia y desarrollo que las crónicas publicadas apenas había ocurrido el crimen, ya que la acusación apuntaba al un simple intento de robo como móvil del hecho y en ningún momento se refirió a un asesinato de tinte mafioso y político vinculado al trabajo de la víctima como síndico de la imprenta Caccioli, lo que hizo disminuir sensiblemente la repercusión del caso en la sociedad.

Pero todavía faltaba hallar el arma utilizada en ambos hechos. Y ahí fue determinante la indagatoria a Buitre, quien, a diferencia de Charly, aceptó declarar y responder a las preguntas del Ministerio Público Fiscal. En ese sentido, el menor de los acusados reconoció haber participado del hecho pero culpó al otro de haber disparado contra el contador.

“Fuera de temporada íbamo seguido a Pinar para robar en las casa vacía. Y Charly había fichado a este tipo porque le gustó su coche y el chalé”, contó el imputado y aclaró que la idea original siempre fue cometer un “escruche” pero que se vieron sorprendidos con la imprevista llegada de la víctima al lugar.

“Estábamo escondido entre unas plantas del jardín cuando estacionó el auto. Yo me quería rajar pero Charly fue de una a robarle igual. Pero el tipo sacó una pistola, entonces Charly lo remató de un tiro antes de que lo durmiera a él”, recordó el acusado.

Luego la agresión, siempre de acuerdo al relato de Buitre, ambos escaparon a la carrera sin consumir el robo y se dirigieron hasta un barrio humilde ubicado en el extremo oeste de la villa en la que muchos de sus habitantes provenían de La Fortaleza y donde se ocultaron en la casilla de un conocido que habitualmente les daba alojamiento.

“Nos quedamo guardado ahí hasta el domingo y despué nos volvimo en remís hasta La Fortaleza”, precisó el imputado.

-¿Qué pasó con el arma utilizada? -preguntó el fiscal Carrera.

-Justo antes de que nos detuvieran por el bardo del boliche, Charly la enterró en un médano de por ahí. Todavía debe estar en ese lugar.

-¿Y por qué no dijo eso cuando lo indagaron por ese hecho?

-Porque nadie me lo preguntó.

En ese momento, el defensor oficial de Buitre se tuvo que tapar la boca con su mano para disimular su risa, mientras que el fiscal Carrera dio por terminada la audiencia y ordenó un inmediato rastillaje en busca de la pistola, para lo cual, dispuso que el acusado participara de la diligencia para señalar *in situ* y *de visu* el lugar donde posiblemente seguía enterrada el arma.

Tras varios días de búsqueda, los peritos finalmente encontraron la pistola que luego fue cotejada con la vaina del auto de Beto y el plomo extraído del cuerpo de uno de los baleados frente al boliche y el resultado fue positivo en un 99,9%.

Y como si eso fuese poco, el morador de la casilla del precario barrio de la villa admitió ante la Justicia que conocía a los dos acusados y confirmó que los había alojado en su domicilio el fin de semana en cuestión, al tiempo que el remisero participó de una rueda de reconocimiento y señaló a Charly y Buitre como los dos jóvenes a los que había llevado hasta Pinar del Este y de regreso a La Fortaleza.

Caso cerrado. Al menos para la Policía y la Justicia, aunque no así para los habitantes de Pinar del Este y de sus turistas frecuentes que con sus dudas e interrogantes fueron alimentando rumores secretos, clandestinos, de esos que hay que tenerlos bajo cierto control para ni esparcir un innecesario miedo huidizo que perjudique la imagen de la villa.

XII

La tarde del sábado estuvo vestida con una gruesa capa de nubes pero al menos ofreció una temperatura agradable, sin precipitaciones ni vientos fuertes, por lo que todo el grupo, al que se sumaron la esposa y los hijos de Franco ausentes en las reuniones anteriores, disfrutaron durante varias horas de una playa prácticamente desierta, sin sombrillas ni carpas, los balnearios abiertos al público y unos pocos paseantes cargando sus lonas y reposeras. A pesar del escaso atractivo de aquel paisaje, la salida al aire libre resultó ser un rotundo éxito ya que los más chicos se entretuvieron con la arena, levantando torres y fuertes con sus multicolores baldecitos y palitas de plástico, y jugaron a la pelota y al vóley (los varones por un lado y las nenas por el otro, sin hacer equipos mixtos como sí lo hicieron sus padres en su juventud), mientras que los más grandes tomaron mate y comieron churros y bolas de fraile rellenas con crema pastelera y dulce de leche, y cada tanto se involucraron en los juegos de sus hijos, siempre solícitos de dicha intervención, al tiempo que intentaron mantener vivo el viejo sueño del castillo propio, con reyes y reinas incluidos.

Claro que al estar fuera de temporada, y más allá de que el mercurio del termómetro se mantuvo por encima de lo habitual para la estación del año en curso, nadie se atrevió a bañarse en el mar. Eso sí que hubiese sido el broche de oro de una jornada histórica en la vida de cada uno de los presentes. La única mancha negra del día fue que el sol nunca se decidió a atravesar la espumosa nubosidad, por lo que Franco sugirió que era mejor esperar a la mañana siguiente, cuando el servicio meteorológico estimaba un cielo completamente despejado, para tomar la tan ansiada fotografía del reencuentro en la puerta del Solar del Bosque, a lo que la mayoría estuvo de acuerdo

con la idea, por lo que luego de fijar esa nueva cita cada uno se dispersó por su cuenta, de acuerdo a sus propios intereses y abandonando la manada, al menos por unas horas.

Por la noche, Franco, Pedro, Violeta y Claudia coincidieron en llevar adelante un plan más atractivo y diferente a los que habían puesto práctica durante ese fin de semana largo y esta vez concurrieron a un mítico bar de la villa, en el que en otra época jamás se le hubiese permitido el ingreso a un adolescente como Laurita, para tomar algo y escuchar una banda local que tocaba *covers* del rock nacional; en tanto que Sabrina y Jorge, con sus respectivas familias, optaron por irse a dormir luego de una cena liviana y corta en el restorán de la hostería ya que, según ellos, el día de playa los había dejado “agotados”.

Una vez instalados en el interior del bar, que se trataba de un local de frente angosto, con unos ventanales polarizados y un salón espacioso, largo y profundo, con varios desniveles en su piso de cemento y un pequeño escenario de madera rústica en el fondo; la banda tocó las canciones preferidas del público, las más nuevas para los oídos de los jóvenes, que eran clara mayoría, y una serie de clásicos dirigidos a los mayores. Hubo cantos, aplausos y hasta algunos bailes en pareja cuando sonó el *upbeat* de un rocanrol que en tres minutos y medio narra la historia de un paranoico que daba vueltas como un ratón buscando que le den un “pedazo” vaya uno a saber de qué.

Tras varios *hits* de antaño similares, los músicos hicieron un receso, oportunidad en la que Laurita se levantó de la mesa que su madre y los amigos de ésta ocupaban en el sector delantero, cerca de la puerta, y se dirigió hasta la barra, ubicada justo a la mitad del salón, para comprar una cerveza, un hábito que había adoptado ese mismo año en las fiestas de estudiantes y matines, lo que dejó a su madre sin otro remedio que permitirle ingerir bebidas alcohólicas a pesar de que todavía era menor de edad. Sin embargo, la chica no llegó a pedir el porrón que pretendía su novato paladar ya que el guitarrista de

la banda que acababa de bajar del escenario, y que aparentaba ser el más joven del grupo, le invitó un trago gratis.

“Prefiero que lo haga adelante mío y no a escondidas”, le dijo Claudia a Violeta, quien en ese momento se preguntaba qué podía resultar peor para la adolescente: beber cerveza o ser tan desinhibida con hombres desconocidos como lo era su madre. Pero Viole prefirió guardarse su opinión y ambas mujeres permanecieron sentadas en un extremo de la mesa, mientras que en el lado opuesto se ubicaban Pedro y Franco, quienes dialogaban sobre otros temas.

-¿Sabés qué creo, Fran? –Pedro se acercó a su amigo lo suficiente para hablarle cerca del oído mientras que con el rabillo del ojo vigilaba a las dos mujeres sentadas al otro lado de la mesa-. Que está todo bien con Violeta pero ella es demasiado prolija y no quiere aflojar porque no quiere involucrarse con un tipo casado.

-Probablemente, aunque no siempre haya sido así.

-¿A qué te referís?

-Vos sabés –Franco bajó aún más el tono de su voz hasta casi susurrar -que cuando éramos chicos ella siguió viniendo a veranear a la villa con sus padres durante varios años más después de que desarmó el grupo. Ya no se hospedaron en el Solar porque alquilaban un dúplex pero venían igual.

-Sí, algo me contó ella.

-En uno de esos veranos, ella se puso de novia con un pibe de acá y al principio, como él estaba re metido, trataron de seguir la relación a distancia.

-Ajá.

-Pero ella se cansó rápido y le dijo al pibe con el que salía que un noviazgo así no iba a funcionar.

-De manual. A todos nos pasó alguna vez.

-Bueno, esa es la versión oficial, la que escuché tanto de boca de ella como de él.

-¿Y la otra versión?

-Que, en realidad, mientras estaba de novia con el pibe de acá, aprovechó la distancia para conocer a otro tipo y, o casualidad, ese tipo terminó siendo su marido, ahora ex esposo.

-Mirá vos.

-Y Viole siempre sostuvo que nunca pasó nada con quien resultó ser su esposo hasta después de haber cortado con su novio de Pinar.

-Obvio. Hay que cuidar las apariencias.

-Tal cual. Por eso no te creas el cuento de la prolijidad inmaculada.

-Jajá. Entiendo. ¿Y qué pasó con el ex novio?

-Nada bueno. El pibe se quedó re enganchado e insistió durante meses en volver, pero ella no nunca quiso hacerlo.

-Pobre.

-Sí, mal. Se deprimió tanto que terminó metido en la joda.

-¿Pesada?

-Merca -Franco se frotó la punta de su nariz con el dedo índice.

-¡Que garrón! —expresó Pedro volviendo a subir el volumen de su voz-. Por eso nunca hay que restarle importancia a los amores de verano.

-Exacto. Ese pibe nunca más se pudo recuperar después de eso. Se fue de la villa y estuvo internado en una granja. Después de muchos años, cuando dejó las drogas, volvió pero ya no era el mismo. Tenía la cabeza totalmente quemada.

-Claro. ¿Y lo volviste a ver?

-Sí, me lo cruzo seguido. ¿Viste como es la villa? Sobre todo a la noche.

-Me imagino que debe andar de caravana por los bares.

-Y sí. Pero él dice que toma alcohol y nada más.

-Algún vicio hay que tener, ¿no?

-Y que no te sorprenda que aparezca esta noche por acá. Es un cliente habitué.

-¡Qué suerte la mía!, si no está Claudia metida en el medio aparece un ex novio.

-No te hagas tanto problema por eso, amigo. Con lo fuerte que está Viole todo el universo masculino es tu enemigo. Jajá.

-No me causa ninguna gracia.

-Entonces dejá de dar vueltas y hacé algo de una buena vez.

-No estoy dando vueltas. Sólo espero el momento justo.

-Me parece que ya es hora de tomar la posta, confiá en mí.

-Puede ser.

-Es cierto. Mi viejo, que en paz descanse, te diría que tenés que agarrar al toro por las astas.

-En este caso sería una potra –bromeó Pedro, aunque por la edad de la sujeto en cuestión bien podría haberla llamado “yegua”, pero esa palabra siempre le había sonado peyorativa, por lo que prefería evitarla.

-Je.

-Así que mejor la agarro de la cola.

-Mientras que la agarres...

-Ya la voy a agarrar pero hoy necesito que me des una mano.

-¿Con qué?

-Me tenés que ayudar para poder quedarme a solas con Violeta hasta el final.

-Está bien, ¿y cómo hago?

-En la cena te insistí en que vinieras con tu auto para poder llevarte a Claudia y a la hija, así yo me vuelvo en el coche de Viole. ¿entendés?

-Me lo imaginaba, pero, ¿por qué no me lo dijiste antes?

-Porque no quería arriesgarme a que alguien me escuche y así despertar sospechas que terminen frustrando todo.

-Ok. No hay problema. Yo me encargo de llevarme a madre e hija, pero vos asegurate de que ellas no te vean con Viole.

-Dale, gracias -Pedro dio media vuelta en la silla y miró hacia la barra-. Igualmente, Laurita se ve muy entretenida con el guitarrista de la banda y Claudia no le saca los ojos de encima. Parecen estar en la suya.

-Mejor así, que se arreglen solas mientras yo me tomo unas cervezas con unos paisanos que me crucé en el baño y que no veía hace rato.

-Bueno, tampoco te hagas el loco porque si llegas tarde a tu casa, tu mujer te echa a la mierda.

-Quedate tranquilo, amigo. Hoy me soltaron la rienda -Franco guiño el ojo y alzó su *chopp*.

-Está bien. Manejalo como quieras, total, si Claudia se cree la reina de la noche, en última instancia, que se pague un taxi de vuelta hasta la hostería.

Para fortuna de Pedro, Claudia no alcanzó a escuchar sus últimas palabras ya que seguía concentrada en lo que ocurría con su hija, quien continuaba charlando, entre risas, con el músico que, a su vez, se paraba cada vez más cerca de ella hasta casi rozar ambos cuerpos.

-¿Qué puedo hacer, Viole? Ya está grande y no la puedo parar -indicó la madre de la adolescente, tras lo cual, apuró otro largo sorbo de su vino blanco dulce.

-Hay distintas maneras de ponerle un freno, Clau.

-Para che, tampoco está siendo nada del otro mundo.

Si es tan rápida como la madre, seguro que no termina sola la noche, pensó Violeta, y luego opinó en voz alta:

-Seguro que no hace nada raro. Es una buena chica pero hoy en día tiene que cuidarse de los chicos porque ellos sólo quieren tener sexo.

-¿Hoy en día? ¿Y antes qué? ¿Acaso cuando nosotras éramos jóvenes no pasaba lo mismo?

-Nosotras éramos más inocentes y los chicos también.

-Eso era lo que creíamos o aparentábamos ser. ¿O no, Pedro?

Instantes antes, Franco se había levantado de la mesa para ir al baño, por lo que Pedro se quedó solo, expectante. Y cuando Claudia lo incorporó a la charla, él decidió acercarse a su silla hasta unos escasos centímetros de la de Violeta.

-Es cierto -dijo Pedro una vez que se acomodó en su nueva posición-. En el fondo, todos queremos lo mismo. Al menos con los hombres es así.

-Lo único que cambió es que ahora nadie lo disimula, en especial las mujeres, y eso se debe a que hay menos prejuicios -indicó Claudia, quien no pudo evitar sentirse incómoda con la postura de Pedro, más agresiva que la habitual. Ella lo miró de reojo pero él la evadió y apuntó la vista hacia Violeta, esperando que ésta aportara su propio comentario.

-Puede ser que ambos tengan razón -intervino Violeta al cabo de unos segundos-. De todos modos, prefiero como era en nuestra época.

-Yo no -afirmó Claudia-. Me gusta más que la gente demuestre lo que realmente quiere. Sin dar vueltas. Así todo resulta más fácil, sobre todo en el sexo. Por ejemplo, a mis amantes siempre les digo que es lo que tienen que hacer para excitarme, aunque a ellos no les guste.

-Bueno, algunas cosas pueden resultar mejor si quedan libradas a la imaginación de cada uno -indicó Pedro con una sonrisa burlona.

-¿Sabés qué pasa, Peter? Hay algunos tipos cancheros que se creen que se las saben todas, pero son tan dormidos que si no les explicás como debería consumarse un acto sexual apropiado terminan haciendo cualquier cosa y mal.

-¡Sos tremenda, Clau! -Violeta ya comenzaba a sonrojarse, aunque no quedaba claro si era por el tono de la charla o por los efectos del vino.

-De todos modos, si una mujer excita lo suficiente a un hombre, éste se la va a coger bien. No es muy difícil.

-¡Qué bruto! -exclamó Violeta y Pedro quedó al borde de la carcajada.

-No soy bruto. Estoy simplemente defendiendo a mi género.

-¿Por qué? ¿Te sentiste ofendido de algún modo? -ironizó Claudia.

-Para nada. Lo hago porque me parece justo aclarar que muchas veces la mujer le pasa toda la responsabilidad al hombre cuando ésta no alcanza el orgasmo y no se plantea si el problema es, en realidad, de ella y no de él.

-Me parece que estás exagerando.

-¡¿Exagerando?! Me quedo corto porque además de transferir la responsabilidad, cuando el hombre se da cuenta de que falló y se angustia por eso, la mujer le dice `ustedes se hacen demasiado problema`. ¡¿Y cómo no nos vamos a hacer problema si tenemos toda la presión sobre nosotros?!

Violeta lo miró, alzó sus hombros al compás del entrecejo y se mantuvo silencio. Claudia, en tanto, comenzó a troncharse y antes de continuar con un debate sexista prefirió aceptar el claro mensaje que sus dos acompañantes le enviaban. Entonces viró hacia la barra y observó que junto al guitarrista que cortejaba a su hija ahora se hallaba el cantante, un hombre varios años mayor que aquel.

-Voy a pedir otra copa a la barra porque el mozo no viene más -les dijo a Violeta y Pedro-. ¿Ustedes quieren algo?

-No, gracias, Clau -respondió ella.

-Yo estoy bien, gracias -dijo él.

Ambos sabían perfectamente que Claudia estaba esgrimiendo una excusa para ir hasta donde se encontraba Laurita y hacerle “pata” con los dos músicos y al mismo tiempo cuidarla más de cerca y, por qué no, “levantarse” al cantante.

-Ok. Ahora vuelvo. No me extrañen -bromeó Claudia antes de ponerse de pie y acomodar su pollera en la cintura, tras lo cual, se abrió paso entre la gente caminando al compás de la música, como si se trata de una pista de baile.

¡Cómo le gusta llamar la atención!, pensó Pedro al quedarse solo con Violeta, quien bebía de su copa de vino blanco y dulce, pero no espumante como lo prefería su amiga.

-¿Estás bien? -preguntó él una vez que Claudia se perdió de vista-. Te veo un poco tensa.

-¿Te parece?

-Sí, un poco. Relajate –Pedro alzó su *chopp* proponiendo un brindis.

-Es que estoy preocupada porque mi hijo mayor no me devuelve los llamados ni los mensajes.

-¿Dejaste a los chicos con los abuelos?

-No. Se fueron con el padre al campo, por eso me cuesta localizarlos.

-Seguro que no deben tener señal por ahí.

-El punto es que no quiero terminar llamando a mi ex pero si no me atiende mi hijo mayor tampoco puedo hablar con el menor porque es chiquito todavía y no tiene su propio celular.

-Entiendo. Mi hija tampoco tiene teléfono.

-Igual no se si me estresa más no poder hablar con mis hijos o tener que escucharla a Claudia como si fuera una radio que no se puede apagar -bromeó Violeta.

-Si me estresa a mí, me imagino a vos, que la tenés pegada como una estampilla todo el santo día.

-¡Uf! –exclamó ella y luego apoyó su copa sobre la mesa-. De todos modos, si no me relajo no es por culpa de los demás, sino mía.

-¿Sabés que hago cuando me siento así? Salgo a correr solo, con el reproductor de música y así me despejo por completo. Si querés, y el clima lo permite, mañana podemos ir a correr a la playa, ¿te parece?

-Me gustaría, aunque necesitaría algo más intenso para poder descargar tanta energía acumulada.

No puedo creer que yo le haya dicho eso, se recriminó Viole, aunque sin inmutarse, apenas concluyó la frase y tragando una viscosa saliva con gusto a uva.

No puedo creer que me haya dicho eso, festejó él, algo más evidente, ya que consideraba que no había nada mejor que el sexo para relajarse. Así que Pedro bebió otro trago y cobró más impulso.

-En ese caso, también me ofrezco para ayudar a que te relajes –dijo con una mueca nerviosa.

-¿Ah, sí? ¿Y en qué consistiría esa ayuda?

-Bueno, puedo hacer varias cosas...

-¿Cómo cuales? A ver...

-Te puedo contar alguna historia divertida que te haga reír. De esas tengo miles, si querés.

-Ajá.

-También puedo invitarte otra copa de vino o una botella entera y emborracharte.

-Mira vos.

-Pero no demasiado para que mañana no te sientas mal por la resaca y podamos ir a correr.

-El vino blanco da mucha acidez.

-Exacto.

-¿Y qué más?

-Puedo hacerte unos masajes descontracturantes. Tengo buenas manos para eso.

-Interesante –los frenos inhibitorios de Violeta que se habían manifestado como un auto reproche al comienzo de la charla a estas alturas de la misma ya habían desaparecido por completo.

-Y después de eso... vemos.

Ella largó una risotada que la hizo inclinar hacia adelante hasta apoyar su mano en el hombro de él, que sintió una especie de descarga eléctrica, como aquella vez que chocaron por culpa de la ola cuando eran adolescentes y a Pedrito le faltaba coraje y experiencia para siquiera rozarla. Con los años él había ganado suficiente práctica pero salvo por los besos en la mejilla de los saludos protocolares del fin de semana, éste se trataba del primer contacto físico entre ambos en más de dos décadas y para ella tampoco pasó desapercibido. De hecho, sus senos se tocaron levemente con el antebrazo de Pedro y cuando Violeta se percató de todo aquello, apartó la vista hacia un costado y se irguió, tomando cierta distancia. Luego miró su reloj de pulsera.

-Es temprano todavía -dijo ella.

-Sigamos charlando, entonces.

-Dale.

Así, por primera vez en aquel fin de semana largo estuvieron completamente solos y pudieron hablar sobre sus respectivas vidas privadas. Y se sorprendieron al coincidir en que cada uno de ellos se había casado (Pedro, en realidad, no había contraído formalmente matrimonio sino que mantenía un concubinato) no por compromiso o mandato social, sino en base a la absoluta seguridad de que estaban enamorados, aunque ella creía que ese amor iba a ser para siempre, eterno, “hasta que la muerte los separe”; y él no tanto. Quizás haya sido ésa una de las razones, sino la principal, por la que la separación resultó muy dura para Violeta, quien debió, no forzosamente porque partió de una decisión propia, afrontar una realidad diaria completamente distinta a la que había estado acostumbrada durante tantos años.

Y si bien ella no lo admitía, las transformaciones habían sido drásticas no sólo a nivel amoroso, anímico y emocional; sino también en su estilo de vida ya que dejó de ser la esposa de un famoso relacionista público con el que había comprado el chalet de sus sueños para convivir con sus hijos y recorrido el mundo durante sus vacaciones, y de recibir costosos autos, vestidos y joyas de regalo, todo lo que le había servido de puerta de entrada a una clase alta de la sociedad que ella no disfrutó demasiado pero tampoco resintió.

-También tuve que acomodarme en lo económico porque si bien él decidió que me quedara viviendo en el chalet con los chicos y me pasa una mensualidad para los gastos de ellos, no me quedó otra alternativa que salir a trabajar más para poder mantenerme -explicó Violeta.

-Claro.

-Así que fue todo un proceso de profunda reorganización de toda mi vida. Lo bueno es que se me fue el aburrimiento que tenía desde hacía mucho tiempo y que fue

una de la causas que me llevaron a tomar la decisión de separarme. Pero, sinceramente, nunca pensé que iba a ser tan difícil.

-¿Y los chicos cómo lo tomaron?

-Al principio les costó pero después se adaptaron rápidamente a tener que ir y venir de mi casa a la del padre y esas cosas.

-Bueno, tan mal no les fue, entonces.

-Creo que no. Pero no dejó de ser un *shock* para toda la familia.

-¿Ah, sí?

-Sí, para mi mamá fue algo tremendo.

-¿En serio? ¿Para tanto?

Violeta afirmó ligeramente con la cabeza.

-Me acuerdo que el día que le conté que había decidido separarme ella no podía parar de llorar y repetía '¿Y ahora qué vas a hacer?'.

-¿Y vos que le dijiste?

-Le pedí, por favor, que cambie esa postura porque no me ayudaba, por el contrario, y le dije que se quedara tranquila porque yo ya soy grande y sé cuidarme sola.

-Y bueno. Las madres son así, se preocupan demasiado por sus hijos. Vos lo sabés perfectamente porque sos mamá.

-Cierto.

-En cambios, los papás somos más de dejar hacer, ¿no te parece?

-Absolutamente. Por ejemplo, mi viejo lo único que hizo cuando me separé fue preguntarme si necesitaba algo. Le dije que no y no volvió a mencionar el tema.

-¡Qué grande! –expresó Pedro, quien debió controlar su jocosidad en el acto porque Violeta no compartía la misma opinión-. Che, ¿Y tu hermana más chica como reaccionó?

-Ni de una forma ni la otra.

-¿Cómo es eso?

-Digamos que ella es una persona bastante especial.

-¿Por?

-Porque vive en su propio mundo, básicamente.

-No me lo imagino así.

-¡Uf! Es todo un personaje. Por ejemplo, acaba de dejar su trabajo y decidió mudarse a una comunidad vegana en medio de las sierras sin importarle que esté cursando la mitad de su segundo embarazo y que tenga que sacar a su hijo de la escuela primaria en la que apenas había comenzado a estudiar.

-Un poco brusco, ¿no?

-Brusco es poco. Pero mi hermana siempre fue así, de tomar decisiones que llaman la atención, especialmente cuando a mí me pasan cosas que, sin que yo me lo proponga, me colocan en el centro de la escena familiar.

-No seas celosa, che.

-No lo soy, para nada; ella lo es. Prestá atención -Violeta alzó el puño cerrado y se aprestó a contar con los dedos-: cuando yo me casé, mi hermana dejó la Facultad y se fue a vivir con su novio cuando los dos no tenían ni un peso. Después, al nacer mi primer hijo, ella se radicó en el extranjero y cuando nació mi segundo, ella tuvo a su primero. Al poco tiempo me compré la casa y mi hermanita regresó al país sin tener donde vivir. Todo un tema de debate para mis padres para ver si yo, que tenía espacio de sobra porque se suponía que mi esposo era millonario, lo podía recibir en el chalet, aunque sea por un tiempo hasta que se restableciera. Pero ella no quiso, por orgullosa. Y como si todo esto fuera poco, ahora que me separé, la piola se va a vivir de la tierra y del trueque no sé adonde.

-¡A la mierda! -Pedro trataba de utilizar su histrionismo cómico para aliviar la tensión que siempre acarrea referirse a asuntos familiares, más allá de que se lo haga con personas fuera del círculo íntimo, como en esta ocasión-. Afloja, Viole. Que te vas a estresar aún más y la idea es que te relajes, no te olvides. ¿Por qué no compartimos un vino? A mi se me acabó la cerveza y tu copa está vacía.

-No, gracias. Ya tomé suficiente. Cuando yo empiezo a hablar sin parar es una señal de que ya me empedé. ¡Jajá!

-Al final, no cuesta tanto emborracharte. Je.

-Es la falta de costumbre. Y eso que desde que estoy separada empecé a recuperar el tiempo perdido, aunque entre amigas, no en público, eh. Nada de hacer papelones. Ya estoy grande para esas cosas -los ojos acaramelados de Violeta ya se habían achinado y sus manos no paraban de acomodarse el pelo.

-Quedate tranquila que no se nota que estuviste tomando.

-¿En serio?

-Absolutamente. Te ves intacta.

-¡Ay, gracias! -ella no paraba de sonreír y él se derretía. Cada tanto, la mujer retomaba el control de sus impulsos y procuraba mostrarse como siempre- ¿De qué estábamos hablando?

-De tu hermana -respondió Pedro, quien percibía cada freno de Violeta como un golpe en el pecho, como si se tratase de un *airbag* que salía despedido de un auto que viajaba a 200 kilómetros por hora e impactaba de frente contra un muro de hormigón.

-Cierto, cierto. En fin, creo que mi hermana actúa de manera inconsciente porque en el fondo resiente que yo siempre fui la preferida de nuestros padres.

-Puede ser -Pedro abandonó el personaje del payaso y volvió a adoptar un gesto más serio, pero no solemne-, aunque lo más probable es que, en realidad, ella simplemente quiera ser como vos, porque sos una especie de ídola para ella.

-No lo creo.

-Mirá, yo no tengo hermanos, pero si hubiese tenido uno mayor seguramente sería fanático suyo.

-Que se yo. Es mucha la diferencia de edad entre ella y yo. Vivimos etapas completamente distintas cada una por su lado.

-¿Cuántos años le llevás?

-Casi diez.

-Con razón.

-¿Vos te acordás de mi hermana?

-Poco y nada. Tengo algunos recuerdos vagos de haberla visto en la playa o en la hostería, siempre pegada a tus padres.

-Ja, sí. De chiquita fue una maricona y de grande todo lo contrario.

-Me acuerdo de que le tenía miedo al agua, ¿no? Porque nunca se metía al mar si no era de la mano de tu viejo o tuya.

-Ah, tenés mejor memoria de lo que creés.

-Es una memoria muy selectiva.

-¿De paladar negro?

-A veces sí, aunque no suelo ser exquisito.

-¿Nunca?

-Bueno, con cosas muy puntuales sí lo soy. Pero tiene que ser algo sumamente especial.

Hubo una larga pausa en la charla, ocasión en la que Pedro miró a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera moros en la costa. Advirtió que la mesa seguía vacía y no halló vestigios de Claudia y su hija, quienes se encontraban cerca del escenario cantando y bailando al compás de la banda que acababa de volver a tocar, por lo que la gran mayoría del público se trasladó hasta la parte posterior del bar. Entonces, él arrimó su rostro hacia el de Violeta y la miró fijamente a los ojos. Le temblaban las piernas, pero lo disimuló. Ya no le importaba nada más. Había logrado hacer a un costado la culpa y el miedo que generalmente actuaban de la mano y le revolvían el estómago. Mientras que ella sostuvo la mirada, con calma y absoluta confianza. Al cabo de unos instantes, que a él le parecieron siglos, Pedro quiso besarla en los labios pero ella corrió la boca con un movimiento ligero y sutil pero sin dejar de sonreír. Apoyaron su mejilla en la del otro durante unos segundos en los que él inhaló profundo, como oliendo el perfume que emanaba la cabellera de la mujer quien cerró los ojos y respondió con unos suspiros. Él interpretó el mensaje como un “sí, pero acá no” y se echó un poco hacia atrás. Luego tomó su *chopp* pero en el recipiente de cristal humedecido ya no quedaba nada que lo ayudase a apagar las llamas.

A esa altura de la velada el mercurio dentro del bar había alcanzado nivel muy superior a los de la tarde, en especial, sobre Claudia, su hija, Pedro y Violeta, quien extrajo las llaves de su auto y las colocó sobre la mesa, junto a su teléfono móvil.

-¿Podés manejar? -preguntó ella.

-Perfectamente -respondió él y ambos intercambiaron una mirada cómplice.

Acto seguido, Pedro se levantó rápido de su silla y fue a saldar la cuenta a la barra. Mientras que Violeta salió del bar y se quedó esperando en la esquina, a metros del coche. Al cabo de unos minutos, él la alcanzó en la calle y ella le dio las llaves. Y como con el correr de la noche la temperatura había bajado drásticamente, y aunque ella

tenía un saco y botas de cuero y él campera de *jean* sobre una camisa leñadora de mangas largas, la pareja se refugió rápidamente dentro del vehículo que mostraba sus vidrios empañados.

Él estuvo a punto de preguntar a dónde dirigirse pero eso hubiese estado completamente de más y una vez que los dos estuvieron sentados uno al lado del otro dentro del auto, Pedro estiró su brazo derecho por la espalda de ella, aguardó a hacer contacto visual y la besó apasionadamente en la boca. Se trató de un breve pero intenso desahogo culminado con un pedido de Violeta: “¡Dale!, ¡arrancá!”. Así que el conductor no perdió más tiempo, puso en marcha el coche y ambos se fueron lejos de allí.

Cada pareja es un mundo aparte, eso se suele decir. También que en la mayoría de estos planetas de dos habitantes, las mujeres tienden a idealizar más que los hombres. “Las chicas buenas se duermen temprano y si no duermen sueñan en vano”, había resumido hacía mucho tiempo un amigo de Pedro en una canción que compuso cuando ambos formaban parte de una banda de *rock pop* que se caracterizó por letras referidas a relaciones amorosas que no tuvieron éxito en el mundo *under* de la música barrial en el que el grupo estuvo inmerso durante más de diez años hasta que el fracaso, y el paso del tiempo asociado a que sus integrantes debieron priorizar sus trabajos y familias, les ganó por agotamiento. A esto se le sumó que ninguno de ellos era un virtuoso, en especial, Pedro, que siempre se trató de un guitarrista rudimentario. A pesar de todas estas limitaciones, la banda se las ingenió para dar *shows* en distintos bares y festivales, grabar dos demos de estudio, y hasta filmar un videoclip. Pero el mayor de sus logros fue que gracias a los recitales en vivo los músicos mejoraron su rendimiento a la hora de conseguir citas con jóvenes hermosas. De hecho, Pedro conoció a su actual pareja de esa forma, por lo que se podría decir que él llegó a sentirse un *rockstar*, aunque terminó

siendo un Licenciado en Administración de Empresas con un trabajo de oficina en un estudio contable.

Sin embargo, eso no privó a Pedro de soñar como el resto de los hombres. Él vivía persiguiendo sueños pero rara vez recordaba lo que soñaba y con Violeta encontró una mujer que no utilizaba recursos propios para soñar sino que se aprovechaba de los sueños del otro para poder huir de su realidad.

Todavía era temprano por la mañana aquel domingo cuando los amantes terminaron su desayuno relámpago en la panadería y pretendían regresar cuanto antes al Solar del Bosque para no ser vistos por nadie más. Y mientras aguardaban que le trajeran la cuenta, ella seguía con la lengua tan filosa como la noche anterior. Violeta sabía perfectamente que una vez que aflojaba el control sobre sus declaraciones, estas podían generar polémica; por ello, su tendencia era autocensurarse, lo que no ocurrió esta vez, quizás porque intuía que podía ser la única oportunidad que iba a tener en el resto de su vida para decir lo que realmente pensaba, sin complejos ni temores.

-Quiero decirte algo que puede caerte mal y no quiero arruinar el momento -
arrancó ella con sus piernas cruzadas a la altura de las rodillas.

-No te preocupes por mí. Decilo.

-Creo que vos creías estar enamorado de tu mujer y, en realidad, nunca lo estuviste y pasaron muchos años para que te dieras cuenta de eso. En cambio, yo sí estuve verdaderamente enamorada de mi marido hasta que el amor se acabó.

-Ajá -Pedro continuó mostrándose relajado porque él, a partir de los últimos sucesos del fin de semana, había arribado a una conclusión similar.

-Y cuando eso sucedió finalmente entendí que no hay nada más difícil en la vida para cualquier persona, excepto criar un hijo, que hallar una pareja de la cual enamorarse y que ese amor sea recíproco.

-Puede ser.

-¿Te molestó lo que te dije? -Violeta se inclinó hacia adelante y apoyó su mano en el muslo de él.

-No, para nada. Pero me queda una duda -el hombre dejó caer su mano sobre la de ella.

-¿Qué duda?

-¿Por qué dejaste de amar a tu marido?

-Porque sí.

-Pero siempre hay alguna razón. En mi caso, por ejemplo, lo que me desgastó fueron los detalles del día a día, pero el problema puntual que resulta ser la gota que rebalsa el vaso parece ser otro.

-¿Cuál? A ver...

-Es que mi mujer se volvió una persona sin motivación. Desde que fue madre no se volvió a interesar por su profesión ni a buscar un trabajo mejor. Simplemente se conformó con lo que tenía, aunque no era poco, lo admito.

-Capaz que se dio cuenta de que le interesaban otras cosas.

-Lo dudo.

-Mirá que la maternidad te cambia la cabeza por completo. Me acuerdo que a mí me costó muchísimo volver a trabajar.

-Sí, seguro. A los hombres también nos cambia la paternidad. Pero ella no era para nada así. Y lo que es peor, esa actitud conformista la trasladó a todos los órdenes de su vida.

-¿Ah, sí?

-Ahora vive desalineada, come mal, no hace ejercicios y se ve fea.

-¡Qué superficiales que son los hombres, por Dios! También me vas a decir que está gorda y tiene celulitis, ¿no? ¿Y qué querés? El tiempo pasa factura y hay que aceptarlo. A mi también me gustaría tener el lomo que tenía antes de tener dos hijos. Pero el cuerpo cambia.

-Claro que sí. Igual que el mío. Pero eso no quita que uno no lo cuide y trate de mantenerte en forma.

-Cierto.

-Y el aspecto físico es importante para todos, hombres y mujeres. ¿O vos no te fijás en el cuerpo de un tipo para saber si te gusta?

-Obvio. Pero no creo que sea un impedimento para enamorarse. ¿Vos viste alguna vez a mi ex?

-No, nunca.

-Bueno, él no era para nada lindo pero lo amé igual.

-Entiendo. Pero a mí lo que me produce un profundo desencanto es que yo me había enamorado justamente de las cosas que mi mujer cambió y que no van a volver a ser como antes.

-Date un tiempo para que se aclaren los tantos. Capaz ella está atravesando una etapa mala, nada más. A mí me pasó algo parecido.

-Yo ya tengo las cosas claras -Pedro entrelazó sus dedos con los de la mujer, acariciando su suave piel.

-No empieces a hablar como en las novelas o las películas. El verdadero amor es el que se vive día a día con tu pareja, a pesar de todos los problemas y defectos.

-Ya sé que soy unos años más joven que vos, pero no me trates como a un chico ingenuo porque no me estoy refiriendo al amor.

-No crea que sea el momento. Vos ahora tenés un lío bárbaro en la cabeza y yo sólo quiero cosas sencillas que me permitan estar tranquila. ¿Entendés?

-¿Y qué cosas son simples en esta vida, eh?

-Lo que quiero es decir es que así como estás de confundido sobre tu pareja lo podés estar respecto de mí.

-Puede ser que no la tenga tan clara como vos, pero al menos no tengo miedo.

-¿Miedo a qué? -Violeta abandonó el tono conciliador y retiró lentamente su mano de abajo de la de él

-A asumir riesgos.

-¿Cuáles riesgos? Si todavía no te separaste -Violeta sacó los cigarrillos de su cartera y amagó con encender uno pero inmediatamente recordó que estaba prohibido fumar dentro del local-. Sentís pánico de tomar esa decisión. Así que no me corras por ese lado porque yo ya tuve el valor de dejar a mi marido -continuó mientras volvía a guardar el paquete de tabacos.

-No te corro. Sólo quiero saber qué pensás de mí, de esto que pasó entre los dos, porque eso me ayudaría mucho a tomar la mejor decisión.

-No puedo darte una respuesta en estas condiciones. Quizás, cuando estés en mi misma situación lo puedas entender.

-Bueno, ya me estoy acercando.

-Mmm...

-¿Qué pasa? ¿Ya te arrepentiste?

-Yo no me arrepiento de nada -la mujer negó con la cabeza y dibujó media sonrisa en su rostro-. No lo hice cuando me separé, menos ahora.

-Ok. Hace de cuenta que no te dije nada.

-El arrepentimiento suele ser una pérdida de tiempo, Pedro. Por eso lo evito.

-Pero sucede.

-Claro que sí. Pero te aseguro que no en este momento. Así que....

-Está bien, está bien. De todos modos, no tenemos por qué resolver todo este fin de semana -Pedro se abalanzó sobre ella, la abrazó y la besó suavemente en los labios.

-¡Al fin coincidimos esta mañana! –expresó Violeta secando con sus dedos unas gotas de saliva de la boca de Pedro.

-¡Jajá! Menos mal.

-Igualmente, mientras tanto...

-Sí, ya sé -la interrumpió él colocando su mano sobre la boca de ella-. Todo sigue igual, cada uno por su lado.

-Exacto.

-¿Todo bien, entonces?

-Todo bien.

Pedro le guiñó un ojo, más tranquilo, tras lo cual, ella le pidió de salir de allí porque se moría por fumarse un cigarrillo, sobre todo, después de comer algo y beber café.

El sol ya se había asomado sobre el horizonte marino cuando el mesero trajo el *ticket* de la tarjeta de débito de Pedro, quien firmó el papel y guardó el plástico en su billetera sin hacer comentario alguno. Luego le dio las llaves del auto a Violeta y los dos regresaron a la hostería sin ser descubiertos *in fraganti* por nadie más del grupo, en especial Claudia y Laurita, quienes seguían durmiendo ya que se habían acostado apenas unas pocas horas antes que ellos dos.

En tanto, Franco todavía no había llegado, así que los amantes se despidieron con un “pico” en el pasillo que conducía a las habitaciones individuales de cada uno.

Igualmente, todos los demás iban a enterarse de que aquellos dos habían pasado la noche juntos. Era inevitable y tanto Pedro como Violeta lo sabían perfectamente, sin perjuicio de que preferían no ser vistos y aplazar las explicaciones pertinentes del caso el mayor tiempo que les fuera posible.

XIII

La bruma ya se había alejado de la playa y permanecía, aunque débil, sobre las olas mansas de una marea en pleno retroceso. Los pronósticos habían sido acertados y *Febo* se asomó con intensidad esa mañana de domingo, al tiempo que el cielo se mantuvo completamente celeste. Desde el restorán del Solar del Bosque, Franco contemplaba aquel paisaje que a pesar de haberlo visto millones de veces nunca le resultaba aburrido. Es más, cada vez que se detenía a disfrutar de esa vista hallaba en lo que quedaba de los viejos médanos algo distinto, un detalle que anteriormente se le había pasado por alto, o al menos eso creía él. Entonces se detuvo a pensar que existían determinados lugares que formaban parte importante de la vida de una persona a tal punto que esa persona se volvía parte de dicho lugar. Y no importaba que esa persona y ese lugar no se hayan encontrado en mucho tiempo porque a ambos los unía una relación especial, una pulsión inexplicable, como el amor entre un hombre y una mujer.

Después de permanecer en esa postura meditabunda durante unos minutos decorados con una calma apenas interrumpida por un murmullo de fondo, Franco se volteó hacia la mesa ubicada junto al ventanal del frente y en la que compartía un café con los últimos huéspedes de la hostería que acababan de abandonar sus respectivas habitaciones luego de haber dormido más de lo habitual. A su derecha estaba sentado Pedro, a su izquierda Violeta y al lado de ésta, Claudia y Laurita. Y en el otro extremo se ubicaban Jorge y su familia, quienes sí se habían levantado temprano y desayunado ellos solos. Ahora, luego de haber colocado su equipaje en el auto estacionado en la puerta del garaje lateral, esperaban que llegara Sabrina con su esposo e hijos.

-¡Qué caras! -expresó Jorge arrimando su silla hacia su sobrina-. Debió haber sido una noche muy larga, ¿no? -al ingeniero le costaba sonar pícaro pero se esforzaba

y Laurita le reconocía la intención haciéndole “ojitos”, como cuando era apenas una niña y sentía una gran devoción por su tío.

-Para algunos fue más larga que para otros -respondió Claudia mirando hacia su derecha y en diagonal, justo donde el anfitrión, su amiga y Pedro quedaban en el foco de su campo visual.

-Bueno, digamos que tu hija y vos no se acostaron muy temprano. Por poco las tuve que echar del bar -bromeó Franco.

-Es que esos chicos de la banda no nos querían dejar solas -Claudia movió ampulosamente su cabeza echando su cabellera hacia atrás, como si se tratase de una diva en un *spot* publicitario de un reconocido champú-. No como sí lo hicieron otros, ¿viste?

-Yo me quedé en la barra tomando algo con unos amigos, a un par de metros de ustedes dos y cuando me pidieron que las trajera lo hice sin quejarme. Así que apunten para otro lado...

Pedro largó una carcajada mientras que Violeta bebió un largo sorbo de su taza de café con leche sin alzar la mirada ni poder borrar de su rostro la gracia que le generaban aquellas indirectas pocos sutiles.

-Che, paren un poco -Pedro adoptó un gesto más serio en apariencia, aunque ciertamente falso de fondo, y movió ambas manos hacia abajo como quien le pide a un automovilista que reduzca la velocidad-. Ya somos grandes y hay chicos presentes - agregó con voz suave.

-Tiene razón -intercedió Jorge-. Hay que darles el ejemplo a nuestros hijos.

-No empieces con el sermón, querido hermano -Claudia abandonó por un momento la actuación y se ofuscó de verdad.

-Vos tampoco, mamá –Laurita hizo a un lado su *smartphone* y fulminó con la mirada tanto a su madre como a su tío, por lo que los hermanos depusieron sus armas inmediatamente para no arruinar lo poco que quedaba de aquel fin de semana largo.

Por fortuna para todos ellos, especialmente para Violeta, quien permaneció callada tratando de disimular la vergüenza de haber quedado tan expuesta, en ese momento llegó Sabrina a la hostería y la conversación terminó. De todos modos, no había mucho más para decir ya que todos los mayores reunidos allí intuían perfectamente lo que había ocurrido la noche anterior y, además, tarde o temprano se iban a enterar de los detalles ya sea de boca de alguno de los protagonistas o a través de un tercero amigo de los involucrados.

-¿Están todos listos? –preguntó la recién llegada frotándose las manos-. Por fin llegó el momento.

-Claro que sí –asintió Franco poniéndose de pie-. Preparen sus cámaras –añadió, aunque nadie, incluso él mismo, tenía una máquina para sacar fotos ya que todos utilizaban sus modernos celulares para captar imágenes y videos.

Entonces, todo el grupo, incluso los hijos, se dirigió hacia el jardín delantero de la hostería y se ubicaron de pie junto al añejo tronco ubicado al lado del gastado cartel de madera en el que aún se podía leer la leyenda “Solar del Bosque”. Primero posaron los seis amigos y lo hicieron en la exacta posición que se veía en la histórica fotografía de su adolescencia. En el extremo derecho se sentaron Jorge y Claudia, abrazados; en el centro Sabrina y Franco, también apoyados sobre el trozo de madera; y en la izquierda Pedro y Violeta, ambos de pie y rozándose ligeramente las piernas a la altura de los muslos.

La esposa de Jorge y el marido de Sabrina fueron los encargados de sacar la foto desde la vereda. Hicieron seis tomas con los celulares de cada uno de los que aparecían en la imagen y que se sumaron a las que tomó Laurita desde el mismo lugar.

“¿Listo?”, preguntó Franco con un alarido, a lo que los improvisados fotógrafos respondieron casi a coro de manera afirmativa. “¡Ahora vengan todos, con los chicos también!”, añadió el anfitrión, exaltado.

Dado que se trataba de la hora del almuerzo dominical fue difícil encontrar a una persona que pasara por el lugar y tuviese la amabilidad de sacar la foto. Sin embargo, pasaron unos pocos minutos hasta que un vecino que paseaba junto a su señora por la pasarela aceptó hacerse cargo de la tarea. Lamentablemente, este buen hombre no pudo tomar la misma imagen con todos los celulares ya que algunos estos resultaron demasiados complejos para usarlos. De todos modos, tras una seguidilla de *clicks* y *flashes*, el retrato de todos, que a duras penas cupieron en el cuadro, quedó registrado, algo pequeño, ya que el vecino tuvo que alejarse para no dejar a nadie afuera de la imagen.

“En mi celular quedó bastante bien la foto, así que yo se las reenvió por *mail* o mensaje”, señaló Claudia una vez que el vecino se alejó y cada uno revisó su *Smartphone*. “¡Dale! Intercambiamos así todos tenemos las mismas imágenes”, señaló Sabrina, quien inició el irremediable ritual de despedirse de cada uno de los presentes entre los que repartió con besos, abrazos, risas, palabras dulces y también alguna que otra lágrima.

Ella fue la primera en subirse a su auto y marcharse junto a su familia, y le siguió Jorge. Y mientras Laurita ya se había subido al coche de Violeta y Claudia saludaba a Franco como si fuese la última vez que se iban a ver en sus vidas, Pedro apartó a Viole para hablar en privado.

-¿Estás bien? –preguntó él.

-Sí, ¿por?

-Que se yo, por los comentarios que hicieron en la mesa.

-No me gustaron pero tampoco les doy demasiada importancia.

-Bueno, mejor.

-¿Y vos estás bien?

-Sí, sí.

-Ok.

El hombre hizo una pausa para tomar impulso.

-Quiero decirte algo importante.

-No hace falta que me des explicaciones, Peter. Está todo más que bien.

-Pero necesito decírtelo.

-Bueno, dale.

-Es la primera vez que engaño a mi esposa.

-Pensé que ibas a hablar en serio.

-Es en serio.

-De acuerdo. Si te sirve para sentirte menos culpable...

-No es eso. Bueno, no es sólo eso.

-Viste.

-A ver, no te voy a negar que nunca tuve ganas de acostarme con otras mujeres.

Es más, oportunidades concretas no me faltaron.

-¿Y?

-No me aproveché de ninguna por respeto a mi mujer. Y también por miedo a ser descubierto.

-Te das cuenta de que una razón no significa lo mismo que la otra, ¿no?

-¿Qué importa la diferencia si el resultado es el mismo en ambos casos?

-Claro que importa porque la primera razón implica que tenés en cuenta a tu pareja, la otra que sólo pensás en vos.

-En estos casos, todos somos egoístas.

-No todos y no siempre.

-Entiendo. Ahora soy el mal esposo y vos la víctima separada.

-Algo así –Violeta rió y luego pitó de su cigarrillo a medio consumir.

-Lo que quiero que sepas es que esta fue una ocasión muy particular porque para mí siempre fuiste una persona especial.

-No me chamuyes –la bocanada que exhaló la mujer nubló el rostro de Pedro que apartó el humo con un ligero movimiento de su mano.

-No lo hago. Simplemente te estoy siendo sincero.

-En ese caso aprecio tu sinceridad.

-Gracias. Porque no quiero que pienses que soy como la mayoría de los hombres.

-Nunca lo pensé, quedate tranquilo. De todos modos, si lo hubiese hecho, ¿cuál es el problema?

-No debería haber ninguno, creo.

-Exacto.

-Somos como somos, hombres y mujeres, juntos y por separados. Así es la vida.

-Y menos mal que no somos iguales, sino resultaría un aburrimiento total.

-Sos una buena persona y eso es lo más importante, Peter –Violeta arrojó el cigarrillo al suelo y apoyó su mano sobre el antebrazo de él.

-Vos también.

La mujer dibujó una ancha sonrisa en su bello rostro, bañado por los rayos del sol que caían de manera oblicua anunciando que el mediodía ya había pasado y era hora de salir a la ruta. Miró a los ojos de Pedro y le dio un largo beso en la mejilla y él volvió a excitarse al sentir los labios de ella nuevamente sobre su piel.

Luego, Claudia se acercó y abrazó a Pedro, mientras que Violeta se alejó unos pasos para ir a despedirse de Franco. “Me alegro por los dos, Peter. En serio”, le dijo ella. “Era hora”, agregó la mujer justo antes de tomar distancia y abordar el auto por el lado del acompañante.

Pedro permaneció a un costado del vehículo, viendo como instantes después Violeta se sentó detrás del volante y arrancó. Y así, las tres mujeres se alejaron por la calle al tiempo que los dos hombres las saludaban agitando sus manos en el aire hasta que finalmente el coche desapareció de su vista al doblar en la avenida.

-No vayas a perder el colectivo- dijo Franco a su viejo amigo mientras terminaban de compartir el último café en el restorán de la hostería.

-¿Me llevas hasta la terminal?

-Obvio.

-Bueno, agarro el bolso y vamos –suspiró Pedro luego de mirar la hora en su teléfono celular.

-Dale –Franco se puso de pie y encaró hacia la puerta pero antes de llegar hasta allí se volvió-. Che, Peter, ¿no querés llevarte algo para almorzar en el viaje?

-No, gracias –respondió Pedro desde la puerta del salón que daba al patio interno, donde había dejado su valija-. Seguro que en el micro me dan un sanguchito, galletita o alfajor.

-Claro –asintió el anfitrión, quien aguardó a que su amigo saliera a la vereda para cerrar la hostería. De todos modos, más tarde regresaría para terminar de acomodar algunas cajas que durante la semana pasarían a buscar los encargados de la mudanza. Luego de cerciorarse de que la puerta principal de adelante había quedado con trabada con llave, subió a su auto y ambos partieron hacia la terminal de micros.

En el trayecto hubo prolongados silencios y una vez que arribaron a la estación, Franco acompañó a Pedro hasta la plataforma prácticamente desierta. Cuando el chofer bajó del micro y anunció a los pasajeros que ya podían guardar su equipaje y abordar, le dio a su amigo un fuerte abrazo.

-Que no pasen otros veinte años para volver a vernos, gil.

-Voy a tratar de venir más seguido. Pero no te prometo nada, Fran.

-¡Jajá! Siempre igual vos, eh.

-¡Mirá quién habla!

-¿Y para qué vamos a cambiar a esta altura de nuestras vidas? Si tan mal no nos fue, ¿o me equivoco?

-Para nada. Aunque acordate que siempre nos puede ir mejor.

-Y vos no te olvides que siempre hay alguien que está peor.

-Gracias por todo, amigo. En serio. Fue in fin de semana increíble.

-No, gracias a vos.

-Después hablamos.

-Sí, sí, hablamos.

Pedro levantó el bolso del suelo y caminó por el costado del micro hasta la bodega del vehículo, donde entregó unas monedas al joven encargado de depositar el equipaje, el mismo que también se ganaba la vida abriendo las puertas y baúles para los pasajeros de la parada de taxis de la terminal.

Y en esos pocos pasos de ida y de vuelta hasta la escalinata del micro, Pedro sintió un sabor amargo en la boca, no tanto por la despedida porque sabía que la reunión con sus viejos amigos era, en realidad, el punto de partida para un reencuentro definitivo y sostenido, sino porque entendió que a pesar de que la noche anterior había ganado el premio mayor de la lotería de los deseos de los hombres humildes, la reina de sus sueños se le acababa de escurrir entre los dedos, como la arena de su querida villa.

XIV

Él estaba cansado pero no lo suficiente para que se le fueran las ganas de tener sexo. Hacía varias semanas que no lo hacía y por varios momentos del día, incluso en su trabajo, se sintió excitado. Estacionó su auto en la puerta de su casa (no lo entraba al garaje porque ya era de noche y no quería exponerse a que delincuentes lo asaltaran durante esa maniobra) e ingresó por la puerta principal. Momentos antes le había enviado un mensaje instantáneo a su mujer para que ésta sacara la tranca del lado de adentro, una medida de seguridad tomada recientemente luego de varias “entraderas” cometidas en otras viviendas del barrio azotado en los últimos tiempos por los denominados “motochorros” que actuaban en todo el conurbano como una verdadera plaga. De hecho, comprar una moto era cada vez más accesible ya que los vendedores no exigían demasiados requisitos y brindaban una cómoda financiación. Y a esto se le sumaba que al ser obligatorio el uso de casco, éste servía para ocultar el rostro de los asaltantes no sólo de sus víctimas y de la Policía, sino también de las cámaras de video, tanto particulares como municipales, que copaban cada uno de los rincones, incluso, los más apartados.

Pero también había otras bandas de delincuentes más avezados, que se movilizaban en autos robados y utilizaban herramientas pesadas para forzar los ingresos a las viviendas particulares. Estos se trasladaban en más de un vehículo y conformaban grupos numerosos, los que fueron bautizados por los investigadores policiales y periodistas como “los rompe puertas”.

-¿Estamos solos? -preguntó el hombre recién llegado a su esposa al entrar a la cocina donde ella preparaba la cena.

-Sí, se quedó a dormir en lo de la tía -respondió la mujer, mientras que su marido se sacó los zapatos y los dejó tirados en el piso, cerca de la puerta que daba al patio trasero-. Sacalos afuera directamente. Así se airean.

-Mañana temprano los saco -retrucó él, sin importarle el refunfuño de ella.

-Cambiate que ya vamos a comer- la mujer, ya vestida con su pijama, ni siquiera se volteó para hablarle a su marido y terminó de condimentar la ensalada sobre la mesada.

-Ahora voy –pero él en vez de dirigirse a su habitación se acercó hasta su mujer, colocó sus dos manos a ambos lados de la cintura de ella y le apoyó su pene endurecido sobre la delgada cola. Acto seguido manoseó por arriba de la musculosa los pequeños pero bien redondeados pechos de su pareja y descubrió, como ya era costumbre cada noche antes de irse a dormir, que no llevaba corpiño.

-Dale, cambiate –ella quitó las manos de él de sus tetas-. Es tarde y tengo hambre –la mujer rió y si bien no movió de lugar sus caderas para evitar sentir el apoyo, tampoco continuó con el jueguito.

-Está bien, ya voy.

El hombre se retiró resignado hacia su habitación y momentos después regresó a la cocina con un *short* deportivo y una musculosa, la vestimenta que habitualmente utilizaba para dormir.

La cena transcurrió como siempre: rápido y sin sorpresas. El menú fue el mismo que la mujer había establecido desde hacía mucho tiempo (ninguno de los dos sabía con exactitud cuánto) para ese día de la semana. La mayoría de las veces era ella quien cocinaba, aunque él también se defendía, y muy bien, en esa tarea, por lo que solía opinar sobre cómo había quedado tal o cual comida. Pero esta vez el hombre no realizó ningún comentario ya que, a pesar de lo repetitivo, todo estaba sabroso. En este ámbito,

la pareja tenía dos reglas básicas que procuraban seguir al pie de la letra: una, preparar el plato de la misma manera; dos, el que no cocinaba debía lavar todo antes de ir a la cama.

Mientras comían, la mujer se sentaba en la cabecera para tener una mejor vista del televisor y el hombre se ubicaba a un costado, procurando no obstaculizar la mirada de ella. Así, con mucho cansancio y poco diálogo terminaron de cenar, tras lo cual, ella se dirigió al baño para terminar de secarse su corto cabello negro, fino y recientemente lavado durante la ducha, y él lavó los platos.

En otra noche el hombre se hubiese quedado luego en el *living* comedor mirando televisión hasta concluir con la digestión o dormirse en el sillón, pero esta vez quería aprovechar al máximo que estaba en la casa solo con su mujer, quien después de pasar por el baño se fue a la habitación a hacer *zapping* desde la cama, un verdadero vicio para ella, quien era capaz de pasar de un canal a otro con tal velocidad que resultaba prácticamente imposible observar qué había quedado en el pantallazo anterior.

El hombre entró a la habitación y vio a su mujer recostada, sin taparse con la sábana y con las piernas casi desnudas por completo ya que el pantalón del pijama era corto y encima se le había enroscado hasta justo debajo de los glúteos. Eso sí, sin sacarse los soquetes de los pies ya que no se encontraban en verano.

-¡Que lindo que está acá adentro! -dijo él antes se desplomarse sobre la cama, al lado de ella.

-Cerré las ventanas para que no se vaya el calor -explicó la mujer que, además del frío odiaba los ruidos provenientes de la calle y que alteraban su sueño.

Entonces él se abalanzó sobre ella y en una brusca maniobra le arrebató el control remoto.

-¡¿Qué hacés?! Estaba viendo yo, nene -se quejó la mujer y luego se estiró para tratar de recuperar el aparato de las manos de él que apagó el televisor-. ¿Ya te querés ir a dormir?

-No, todavía -respondió el hombre y después apoyó sus labios sobre el pecho de ella, justo en el amplio escote de la remera musculosa del pijama que dejaba a la vista la mitad de sus senos.

-Mmm... -expresó ella mientras deslizaba sus manos por debajo de la remera de él, acariciando sus pectorales hacia abajo, hasta llegar a la zona genital cubierta sólo por el *short* ya que en la cama este hombre nunca vestía ropa interior.

Unos pocos segundos de manoseo bastaron para que el pene se erigiese y apenas esto se produjo él apoyó todo su cuerpo sobre el de la mujer, presionando su órgano genital endurecido contra el vientre de ella, al tiempo que con su lengua recorrió el cuello de su amante hasta introducirla en una de sus orejas, aunque brevemente porque no quería escuchar quejas sobre cosquillas molestas.

Una vez que el hombre se aseguró que había alcanzado una rígida erección desvistió a la mujer y seguidamente se desnudó por completo. Luego frotó su pene sobre los labios vaginales teniendo sumo cuidado de no rasparse con los gruesos vellos púbicos de la mujer.

Mientras ella apretaba agitada sus manos contra la espalda de él, éste colocó sus dedos índice y mayor dentro de la vagina húmeda y caliente, y masajeó fuertemente el clítoris hasta que notó que el mismo se hinchó. Antes le hubiese practicado sexo oral durante varios minutos hasta dejarla al borde del éxtasis, pero ahora eso ya no lo excitaba tanto, por el contrario, y como ella no mostró ningún indicio de cambiar de posición para llevarse su pene a la boca, decidió penetrarla con dureza. Ella gimió y

abrió bien sus piernas, primero levantándolas ligeramente y luego formando una especie de semicírculo alrededor de la cintura de él.

“¡Cómo me gusta que me cojas!”, exclamó la mujer pero su hombre no quería escuchar más de lo mismo. Sin embargo, él también cayó en la reiteración. “¿Te gusta, eh?”, respondió mientras aumentaba la intensidad de su penetración. “¡Qué dura la tenés!”, dijo ella. “¡¿Viste?! ¡Vos me la ponés así!”, mintió él, que a esas alturas mantenía los ojos cerrados y la cabeza al lado de la de ella, rozando oreja con oreja, como si estuviese mirando hacia otro lado, lejos de la cama, cuando, en realidad estaba observando las imágenes aún frescas en su memoria de aquella reina de pechos y cola abultados, una cabellera larga y abundante, y boca prominente, ideal para exprimir su pene.

Concentrado en aquella figura físicamente ausente, el hombre siguió moviéndose con fuerza y aumentó la velocidad al advertir que su mujer estaba cerca del alcanzar el orgasmo. Siempre en la misma posición, y con ella tan aferrada a él que prácticamente no le dejaba margen para otra maniobra, retumbó en el dormitorio un largo “¡aaahhh!” femenino, seguido de un “sí” algo más relajado, pero él no acabó, aunque oír los gritos de su pareja lo mantuvo excitado, al tiempo que se sentía lleno de gratificación ya que producir aquello en su amante era muy importante para él, incluso, hasta más relevante que su propio placer.

Entonces la mujer aflojó sus músculos y su hombre, sin retirar su pene todavía erecto de la empapada vagina de ella, la colocó de costado para variar de posición, tener una mejor visión de sus muslos, una de las pocas partes del cuerpo de su pareja que ésta mantenía intactas, y así continuar satisfaciendo su paladar masculino.

Pero ella, como habitualmente le sucedía inmediatamente después de acabar, comenzó a sentir dolor en la vagina y esa molestia quedó plasmada en el gesto de su

rostro en el que se la veía morder sus labios para no producir ruidos que afectaran negativamente el desarrollo del acto sexual. Claro que a él le hubiese gustado que su mujer disimulase mejor, pero no lo hizo, por lo que entendió que debía volver a la posición del misionero, en la que su amante se sentía más cómoda.

Por unos instantes pensó en colocarla boca abajo y penetrarla por detrás, pero no por el ano; sin embargo, retirar su pene y volverlo a colocar resultaba en ese preciso momento exponerse a fallar sin chances de volver a encarrilar la erección. Además, ella no solía acabar estando en cuatro patas, como si lo habían hecho otras mujeres con las que se había acostado en su juventud (una de ellas siempre le pedía, por favor, que la dejase dar vuelta para poder gozar más), y eso, sumado al dolor vaginal, no iban a conducir a buen puerto. Así que descartó esa posibilidad y entendió que se encontraba en la recta final y debía dar su máximo esfuerzo.

El hombre, con su cuerpo completamente cubierto de sudor, volvió a juntar en su mente imágenes de su más reciente conquista, que parecía más un fantasma que lo acechaba permanentemente, para aumentar su excitación, mientras su mujer permanecía en silencio, tratando de no interferir en su tarea, como si fuese un tercero en vez de una parte directamente involucrada en el asunto que se estaba desarrollando.

“¡Mmm!, ¡mmm!” exclamó él en los últimos empujones hasta que sintió que eyaculaba su chorro de semen hirviendo y casi en simultáneo la erección se fue, aunque quedó algo de hinchazón.

-Estás tomando las pastillas, ¿no? -preguntó el hombre al desplomarse de espaldas sobre la cama revuelta y sin siquiera rozarse con su mujer, ubicada en la misma posición pero ya debajo de la sábana.

-Sí, sí, quedate tranquilo –ella se colocó de acostado, acercó su cabeza a la de él y lo besó en los labios-. El médico ya me dio unas pastillas que no me alteran tanto el ciclo y los últimos estudios me dieron bien.

-Ah, ok.

No quiero sorpresas, pensó el hombre, a quien el uso del condón a veces le afectaba su erección, aunque esto dependía más que nada de la situación. Así que tras meditar el asunto al mínimo, se levantó de la cama y se dirigió al baño a lavarse sus genitales con un poco de agua fría.

Luego caminó sin nada de ropa y a oscuras por la casa hasta la cocina, donde tomó una botella de la heladera y bebió un largo trago. Cuando regresó a la habitación su mujer ya se había vuelto a vestir con su pijama y él le acercó la bebida para que se refrescara, como de costumbre. Ella tomó un sorbo y después manoteó el control remoto para volver a su vicio. Entonces él se recostó a su lado y permaneció desnudo, aunque no con la intención de repetir el acto sexual, ya que al igual que su mujer, se había acostumbrado, quizás a modo de consuelo, que en ocasiones como ésta era preferible la calidad a la cantidad. ¿Para qué exponerme a la posibilidad de fallar si no tengo nada que demostrarle?, evaluó.

Y si bien su apetito sexual no había sido saciado de acuerdo a sus profundos deseos, se conformó con la comodidad y la seguridad que transmitía lo conocido y familiar. Sin embargo, eso no pudo evitar que lo invadieran un hondo aburrimiento y unas poderosas ganas de irse de allí, hacia otra vida completamente distinta, al menos por un rato. Cada día se le hacía más difícil, pero con el correr del tiempo iba sumando el coraje necesario e indispensable para tomar decisiones importantes, de esas a las que se llega cuando se pretende producir un verdadero cambio.

Los últimos meses de aquel año fueron ciertamente convulsionados, como siempre ocurría en el país. La gente actuaba acelerada con el cambio de temperatura y empezaba a prepararse para el verano. En las agendas abundaban los eventos sociales, las reuniones y fiestas entre amigos y compañeros de trabajo, y toda clase de salidas, principalmente nocturnas. Y si existía un lugar donde las noches de primavera se llenaban de *glamour* y celebridades era Puerto Madero, donde a la vera del ancho río y la tupida vegetación de la Reserva Ecológica se levantaban costosos rascacielos contruidos con toneladas de hierro importado y finos cristales que refractaban las luces de neón de la gran ciudad. Muchas de estas construcciones monstruosas funcionaban como viviendas particulares para personas de altísimo poder adquisitivo, como políticos y ejecutivos de empresas multinacionales, y otras como hoteles cinco estrellas y exclusivos salones de arte.

En uno de estos salones, ubicado a pocas cuadras de las oficinas fantasmas de T&H, el departamento del vicepresidente Bourdín, el restorán y el hotel donde se habían reunido los principales imputados en el juicio por el caso Caccioli –cuyo veredicto aún no se había conocido y respecto del cual nadie se animaba si vaticinar si iba arriba a alguna condena-; se celebraba una feria de moda que reunía las marcas y diseñadores más reconocidos del país así también como las nuevas promesas del ambiente. En el salón había *stands* con todo tipos de prendas y desfiles que mostraban un adelanto de lo que se usaría en la temporada veraniega, sobre todo, en las playas *top*.

También había música, bailes, comida y bebida. Todo en exceso, como les gustaba a los *paparazzi* y a los periodistas del espectáculo que correteaban detrás de los chismes más jugosos sin detenerse a pensar si afectaban la intimidad de alguien. Y en ese escenario se repetían las imágenes de modelos con vestidos caros, hombres guapos

en trajes de primera calidad, autos de alta gama, sushi, caviar y champagne, como si se tratara se algo absolutamente normal.

Para Violeta, quien en otra etapa de su vida no muy lejana en el tiempo había ostentado un estilo de viuda que poco tenía que envidiarle a aquel, no había nada de común y ordinario en ese lugar *vip*, al que había logrado ingresar luego de una intensa lucha y mucho trabajo duro para posicionar exitosamente en el mercado sus bolsos de playa de estilo europeo.

La diseñadora resultó ser una de las grandes revelaciones de la velada, por lo que se le acercaron muchas personas interesadas en financiar la producción y distribución de sus bolsos, especialmente, hombres de negocios que a ella, sin embargo, le parecieron demasiados aburridos y superficiales ya que, en el fondo, tenían otros intereses que la colocaban en una posición incómoda, quizás, por su falta de costumbre para moverse en ese mundillo. Así que al cabo de unos breves diálogos con ellos, se disculpó y regresó al *stand* donde se encontraba Fabiola, su amiga y socia.

-¿Qué estás haciendo? La verdad que no te entiendo, Viole.

-¿Por qué? -Violeta repasaba con indiferencia unos folletos coloridos apilados sobre el mostrador.

-No viste como te miraba el tipo de traje gris. Además, tenía toda la pinta. No me quiero imaginar como era su billetera...

-¿No te parece que era un poco grande para mí, Fabi?

-¿Y qué querés? Ya no somos unas pendejas... -Fabiola miró a su amiga alzando el entrecejo pero aquella seguía concentrada en la folletería que habían diseñado juntas y especialmente para la feria.

-Bueno, pero tampoco me voy a enganchar con un viejo porque tiene plata y pinta -señaló Violeta tras una breve pausa en la que dejó acomodada la pila de folletos-. Para eso me quedaba con mi ex.

-Está bien. Hace de cuenta que no te dije nada.

Pero Violeta ya estaba molesta por el desarrollo de la conversación y decidió, por enésima vez, dejarle en claro a su amiga su posición en el escenario actual de las relaciones de pareja.

-Yo conozco muy bien ese estilo de hombre: buscan una mujer más joven que ellos, que esté buena, la llenan de adornos como si fuese una reina y después de un tiempo, cuando se aburren, se buscan una más joven y más linda.

-Dejá de culpar a los demás. Al final, vos estás sola porque querés.

-De todos modos, vinimos acá a trabajar, no de levante, ¿sí?

-Igual, no me refiero a esta noche en particular.

-¿Ah, no?

-No. Por ejemplo, ¿qué pasó con ese tipo de la adolescencia con el que estuviste la otra vez?

-¿Qué pasó?

-Nada. Justamente. ¿Y por qué?

-No me molestes. Vos sabés muy bien que yo no quería quedar en el medio de él y su esposa. No quiero más problemas, suficientes tengo con los míos. Quiero estar tranquila y en paz.

-Entonces, ¿te vas a quedar sola con tal de estar tranquila? Todo el mundo tiene quilombos...

-Ya lo sé. Pero en este caso parece que la situación de él con su mujer no era tan desastrosa e irreversible como me dijo aquel fin de semana.

-Quizás necesita un pequeño empujón de tu parte. Viste como son los hombres: les cuesta asumir el riesgo de quedarse sin una cosa ni la otra.

-Ahora yo no puedo hacer nada. Depende de él. Y por favor, ya es un tema viejo y repetido, dejémoslo atrás, ¿sí? Gracias.

A varios metros de donde estas dos mujeres charlaban, Pedro permanecía de pie, con sus manos temblorosas y sudadas, y las piernas flojas, por lo que se esforzó por mostrarse calmo y seguro. Para ello había cambiado sus zapatos con suela de goma, tipo leñador, por unos de cuero y su habitual camisa de frisa a cuadros, onda *dirty chic*, por una fina y lisa de algodón, estilo Oxford, que llevaba debajo de un saco de pana que combinaba con el color de su calzado. También se había afeitado bien al ras, por lo que su rostro anguloso lucía como el de un hombre más joven.

Pedro respiró hondo y una vez que sintió que sus piernas recobraban firmeza, avanzó hacia Violeta, quien antes de que él llegara hasta el *stand* lo reconoció entre la gente e inmediatamente codeó con sutileza a su amiga y socia que alejó sus ojos de la pantalla de su *tablet* y los enfocó hacia el frente.

-¿Y ese quién es? -preguntó Fabiola por lo bajo.

-¿De quién estuvimos hablando hasta hace dos minutos? -retrucó Violeta, quien disimulaba mejor que Pedro sus nervios del momento.

-¡Ah, bueno! -Fabiola no pudo evitar elevar el tono de voz-. Es re lindo, nena. Vos me habías dicho que se parecía al cantante de una banda *grunge*.

-Bueno, se ve que cambió de *look*.

-Y le fue bastante bien, eh.

-¡Sshhh! No digas nada -indicó Violeta instantes antes de que Pedro se parase justo delante de ella, quien se encontraba al lado de un perchero del que colgaban varios de sus bolsos y detrás del cual se ocultó Fabiola, que simulaba encargarse de acomodar

la mercadería aunque pretendía escuchar de cerca el diálogo que estaba a punto de producirse entre su socia y el “amigo” de ésta.

-¡Que sorpresa! –exclamó Violeta y luego besó a Pedro en la mejilla.

-¿Buena o mala?

-Todavía no lo sé –respondió ella sonriendo-. ¿Viniste solo?

-Estoy solo.

-¿Hace mucho? –preguntó la mujer acercándose hasta él al punto que ambos cuerpos casi entraron en contacto.

-Desde el día después de la última vez que hablamos. Cuando me dijiste que estabas muy ocupada preparándote para la feria.

-Ajá.

-Y no quise molestarte antes.

-No me molestas. ¿Y cómo estás ahora?

-Bien. Adaptándome.

-Cuesta, ¿no?

-Sí. Bastante.

-Así es al principio. Después se hace más fácil.

El hombre meneó la cabeza sin dejar de enfocar los ojos de Violeta.

-En este momento, probablemente no lo veas así, Pedro, pero con el tiempo...

-Eso espero –señaló él sin perder el contacto visual y después la tomó suavemente de la mano, mientras Fabiola miraba de reojo desde atrás del perchero.

-Estás muy fachero- bromeó ella, tratando de relajarse.

-Gracias. Y vos te ves tan hermosa como siempre.

Violeta no pudo evitar sonrojarse y bajó la mirada. Luego giró hacia atrás y vio una mueca pícaro tatuada en el rostro de su amiga que se había parado a la vista de

todos y fingía estar atendiendo a un par de mujeres que curioseaban por el *stand*. Sos un dulce –correspondió ella al fin.

-¿Te gustaría ir a tomar algo?

-Me encantaría. Pero no por acá –la mujer miró a su alrededor esperando no haber sido escuchada por nadie.

-¿Adónde vamos?

-Dónde vos quieras.

-¿Qué te parece mi departamento de soltero? No es gran cosa debido a mi presupuesto reducido –él abrió los brazos hacia su entorno como quien se expone a una cruel comparación.

-Eso no importa.

-Mejor, porque no soy otra cosa más que lo que ves.

-Lo sé. Y la verdad es que no me puedo quejar de lo que vi hasta ahora.

Pedro se contuvo para no carcajear.

-Sólo quiero que veas que va en serio, Viole.

-Si es por eso, quedate tranquilo, porque tu mensaje es bastante claro.

-Entonces, ¿te espero acá hasta que termines o paso más tarde?

-Como prefieras.

-Mejor te espero –afirmó. Como siempre, pensó él.

En definitiva, el asunto entre ambos había sido desde un principio una cuestión de tiempo y quizás alguno probablemente piense que él o ella, o los dos tardaron demasiado en darse cuenta de ello y así desaprovecharon otras oportunidades anteriores. Sin embargo, el concepto de perder el tiempo puede ser relativo ya que se lo suele analizar en retrospectiva y no en simultáneo a los momentos supuestamente desperdiciados, y siempre será así hasta que alguna vez, si es que resulta posible, todos

desarrollemos la capacidad predecir el futuro de nuestras vidas pero, llegado el caso,
¿qué gracia tendría eso?

Buenos Aires, marzo de 2015.